ΣΟΦΊΑ



REVISTA TEOSÓFICA

SATYÂT NÂSTI PARO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

CONSTITUCIÓN SEPTENARIA DEL HOMBRE

POR

MRS. ANNIE BESANT, M. S. T.

(CONCLUSIÓN)

PRINCIPIOS VI Y VII

ATMA-BUDDHI, EL ESPÍRITU

Como complemento del pensamiento de la sección anterior, vamos primeramente á considerar á Atma-Buddhi en su relación con Manas, y después pasaremos á un aspecto del mismo algún tanto general, como lo es la Mónada. La descripción más clara y mejor de la trinidad humana, Atma-Buddhi-Manas, puede encontrarse en *La Clave de la Teosofía*, en la que H. P. Blavatsky da la definición siguiente:

Nuestro Yo Supremo es.... { *ATMA*, el Rayo inseparable del Ser Universal y Unico. Es el Dios que está *sobre* nosotros, más bien que dentro de nosotros. Dichoso el hombre que consigue saturar con él su *Ego interno*.

El Ego Espiritual divino es { el Alma espiritual ó *Buddhi* en estrecha unión con Manas, el Principio Mental, sin el cual no sería Ego ninguno, sino solamente el vehículo atmíco.

El Ego Interno ó Superior es... { *Manas*, el quinto Principio, así llamado independientemente de Buddhi. El Principio Mental no es el Ego espiritual, sino cuando llega á ser uno con Buddhi..... Es la individualidad permanente, ó el Ego que se reencarna.

Atma, tiene, pues, que ser considerado como la parte más abstracta de la naturaleza del hombre, el «Soplo» que necesita de un cuerpo para su manifestación. Es la Realidad Una que se manifiesta en todos los planos, la Esencia de la cual todos nuestros «Princi-

pios» no son sino aspectos. La Existencia Eterna y una de la cual proceden todas las cosas, que encarna uno de sus aspectos en el Universo: aquel que llamamos *Vida Una* —esta eterna Existencia radia como Atma, el propio Ser tanto del Universo como del hombre; lo que éstos tienen de más íntimo, su mismo corazón, aquello á lo que todo es inherente. Incapaz por sí misma de manifestaciones directas en los planos inferiores, es, sin embargo, aquello sin lo cual no existirían dichos planos; se reviste de Buddhi, como su vehículo ó *medium*, para otras manifestaciones. «Buddhi es la facultad de reconocer el canal por medio del cual el conocimiento divino llega al Ego; el discernimiento del bien y del mal, y es asimismo conciencia divina y alma espiritual, vehículo de Atma.» (*Doctrina Secreta*, vol. I, pág. 19.) Se habla de él á menudo como del principio del discernimiento espiritual. Pero Atma-Buddhi, principio universal, necesita individualización para poder reunir las experiencias y alcanzar la conciencia. Así es como el principio Mental se une á Atma-Buddhi y se completa la trinidad. Manas se convierte en el Ego *Espiritual*, solamente cuando se funde en Buddhi; y Buddhi se convierte en el *Ego* espiritual, sólo cuando se une á Manas; en la unión de los dos reside la evolución del espíritu ó sea conciencia en todos los planos. De aquí que Manas se esfuerza hacia Atma-Buddhi, así como el Manas Inferior se esfuerza hacia el Superior, y por esto también en relación al Manas Superior, se llama á menudo á Atma-Buddhi ó Atma «El Padre en los Cielos», lo mismo que se ha descrito al Manas Superior con respecto al Inferior. El Manas Inferior recoge experiencias que llevar á su fuente, y el Manas Superior las acumula á lo largo del ciclo de encarnaciones; Buddhi se asimila al Manas Superior, y éste, penetrado por la luz átmica, se hace uno con este Verdadero Yo, y así la trinidad se hace unidad, el espíritu es consciente de sí mismo en todos los planos, y el objeto del universo manifestado queda realizado.

Se comprenderá por esto y por lo dicho en la Sección anterior, que el Augoeides, ó sea el Cristo, es la «forma» más elevada de que nos habla la Teosofía. Aquí llegamos al límite de la forma, y como forma el Augoeides pertenece al Quinto Plano. Más allá de esto toda forma es aparentemente imposible, pues forma implica separación, y Atma-Buddhi es uno é indivisible, es un principio universal en todo, y no la individual posesión de nadie.

Pero yo no tengo palabras que aplicar y que puedan explicar ó describir lo que está fuera de explicación y de descripción. Las palabras resultan desatinos; tratándose de semejante tema, es empequeñecerlo y desfigurarlo. Solamente por medio de una larga y paciente meditación, puede esperar el estudiante llegar á sentir vagamente algo superior á él, y que, sin embargo, se agita en lo más recóndito de su ser; así como para la mirada dirigida fijamente al pálido firmamento de la noche aparece al cabo el resplandor lejano y débil de una estrella, así para la paciente mirada de la visión interna puede venir el ténue rayo de luz de la estrella espiritual, pero como si fuera la mera sugestión de un mundo muy lejano. Solamente á la paciente y perseverante pureza se deberá esa luz, y feliz será por encima de todas las felicidades terrestres, aquel que vea aunque no sea más que el pálido reflejo de aquella transcendental Radiación.

Con tales ideas acerca del «Espíritu» puede fácilmente comprenderse el horror que los Teosofistas sienten ante la idea de atribuir á «espíritus» los fenómenos triviales de las sesiones espiritistas. Tocar cajas de música, hablar por medio de trompetas, tocar á las gentes en la cabeza, llevar acordeones alrededor de la habitación; todas estas cosas estarán muy bien para entidades astrales, fantasmas y elementales; pero ¿quién puede atribuirlas á espíritus entre los que tengan un concepto aproximado de los mismos? Tales vulgarizaciones y degradaciones del más sublime concepto que el hombre ha podido alcanzar hasta el presente, son seguramente muy sensibles, y de esperar es que antes de mucho ocupen estos fenómenos su debido lugar; esto es, el de testimonio de que la idea que tienen los materialistas del Universo es

impropia, en lugar de elevarlos á la posición que no les corresponde, de pruebas de la existencia del espíritu.

Ningún fenómeno físico ni intelectal puede ser prueba de la existencia del espíritu. Solamente al espíritu puede mostrarse el espíritu. No se puede probar una proposición de Euclides á un perro; ni podéis probar Atma-Buddhi á Kama ni al Manas Inferior. Así que ascendamos, nuestra vista se ensanchará, y cuando estemos en la cima de la Montaña Santa, las llanuras del Espíritu se extenderán delante de nuestra visión.

LA MÓNADA EN EVOLUCIÓN

Quizás pueda obtener el estudiante un concepto algo más definido de Atma-Buddhi, si considera sus funciones como Mónada en Evolución. Ahora bien; Atma-Buddhi es idéntica al Alma Suprema Universal que es un aspecto de la «Raíz Desconocida», de la Existencia una. Cuando la manifestación principia, la Mónada «desciende dentro de la materia», para impulsar y forzar la evolución (véase *Doctrina Secreta*, vol. II, pág. 109); es, por decirlo así, la fuente primordial de toda la evolución, la fuerza impulsiva que está en la raíz de todas las cosas. Todos los principios que hemos estudiado, son meros «aspectos diferenciados» de Atma, la Realidad una, manifestándose en Nuestro Universo; está en cada átomo, es «la Raíz de cada átomo como individualidad, y de cada forma como colectividad», siendo todos los principios en su fundamento Atma en diferentes planos. Los estados de su evolución están expuestos con toda claridad en *Los Cinco años de Teosofía*, págs, 273 y siguientes. Allí se nos enseña cómo pasa por los estados llamados elementales, «centros de fuerzas nacientes», y llega al del mineral; de éste pasa por el del vegetal, luego por el del animal y después por el del hombre, vivificando todos los átomos, siendo estos átomos, como si dijéramos, su cuerpo de manifestación, su envoltura exterior densificada, para funcionar en los planos inferiores. *La Doctrina Secreta* expone el muy conocido aforismo kabalístico, que dice: Una piedra se convierte en una planta; una planta en animal; el animal en un hombre; el hombre en un espíritu y el espíritu en un Dios. La «Chispa» anima todos los reinos por turno, antes de entrar en el hombre divino é informarlo, entre el cual y su predecesor, el hombre animal, existe una inmensa diferencia..... La Mónada..... es en primer término lanzada por la ley de evolución en la forma inferior de la materia, el mineral. Después de una séptuple vuelta dentro de la piedra (ó lo que ha de ser mineral y piedra en la Cuarta Ronda) trepa al salir de ella como el liquen. Pasa después por todas las formas de la materia vegetal, hasta llegar á la llamada materia animal; entonces alcanza el punto en que se convierte en el germen, por decirlo así, del animal, que llegará á su debido tiempo á ser el hombre físico (vol. I, págs. 246-247).

Así la Mónada Atma-Buddhi vivifica todas las partes y reinos de la Naturaleza, constituyendo en un todo palpitante á cuanto tiene instinto de vida y conciencia. El Ocultismo no admite nada inorgánico en el Cosmos. La expresión empleada por la Ciencia de substancia inorgánica», quiere decir que la vida latente que está adormecida en las moléculas de la llamada «materia inerte» es incognoscible. Todo es vida, y aun cada átomo del polvo mineral es una Vida, aunque por encima de nuestra inteligencia y percepción, pues está fuera de la esfera de las leyes conocidas por los que rechazan el Ocultismo. (*Doctrina Secreta*, vol. I, pág. 248.) Dice también: «Todo lo que en el Universo existe, en todos sus reinos, es consciente: esto es, está dotado de una conciencia que le es peculiar en su propio plano de percepción. Nosotros los hombres debemos considerar que no porque no percibamos signo alguno de conciencia en ciertas cosas, como por ejemplo en la piedra, tenemos derecho á decir que no existe allí conciencia alguna. No existe lo que se llama materia «muerta» ó «ciega» puesto que no existe ley alguna «ciega» ó «inconsciente» (pág. 274).

¡Cuántos grandes poetas con la sublime

intuición del genio, han presentido esta gran verdad! Para ellos toda la Naturaleza late con vida; ven vida y amor en todas partes, así en los soles y planetas como en los granos de polvo, en las crugientes hojas y en las entreabiertas flores, en los bullidores insectos y en los reptiles que se deslizan. Cada forma es manifestación de la Vida Una en el grado que es capaz de expresar; ¿y quién es el hombre para despreciar las manifestaciones más limitadas, si se compara, como expresión de Vida, no con las formas que le son inferiores, sino con las posibilidades de expresión que sobre él se ciernen en las infinitas alturas del ser y á las que puede comprender menos que la piedra lo comprende á él? El estudiante verá en seguida que tenemos que considerar esta fuerza que existe en el centro de la evolución, como esencialmente *una*. No existe en el Universo sino un Atma-Buddhi, el Alma universal presente en todas partes, inmanente en todo, la Suprema y única energía de la que son solamente formas variadas todas las energías ó fuerzas que se diferencian. Así como los rayos del sol son luz, calor ó electricidad, según sean las condiciones en que se encuentren, así es Atma todo energía, diferenciándose en distintos planos. «Como abstracción la llamamos la Vida Una; como Realidad objetiva y evidente, la llamamos una escala septenaria de manifestación, que principia en el peldaño más elevado con casualidad desconocida, y termina como Mente Omnipresente en cada átomo de materia.» (*Doctrina Secreta*, vol. I, pág. 139.)

Su marcha evolutiva está claramente delineada en la *Doctrina Secreta*, y como los estudiantes caen á menudo en confusiones á propósito de esta unidad de la Mónada, añado la siguiente declaración. El asunto es difícil, pero creo que no puede ser más claramente expuesto que en las líneas que la contienen:

«Ahora bien; la Esencia Monádica ó Cósmica (si se nos permite el término) mineral, vegetal y animal, aunque la misma en todas las series de ciclos desde el reino elemental inferior hasta el del Deva, difiere, sin embargo, en la escala de progresión. Sería muy erróneo imaginarse una mónada haciendo su camino, como entidad separada, por un sendero peculiar á través de los distintos reinos inferiores, para venir á convertirse, después de una serie incalculable de transformaciones, en un ser humano; en una palabra, suponer que la Mónada de un Humboldt proceda de la Mónada de en un átomo de arcilla. En lugar de decir una «Mónada Mineral» la frase más correcta en la Ciencia física que diferencia cada átomo, sería llamarla «La Mónada manifestándose en la forma de Prakriti, denominada Reino mineral». El átomo, según se representa en las hipótesis científicas ordinarias, no es una partícula de algo animado por un algo psíquico destinado después de edades sin cuento á florecer como hombre; sino que es una manifestación concreta de la Energía Universal, que no ha llegado aún á individualizarse; es una manifestación consecutiva de la Mónada Universal una.

El Océano (de materia) no se divide en sus gotas constituyentes y potenciales hasta que el impulso de vida llega al estado de producir el hombre. La tendencia hacia la separación en Mónadas individuales es gradual, y en los animales más avanzados casi llega á este punto. Los Peripatéticos aplicaban la palabra mónada á todo el Cosmos, en el sentido panteístico, y los Ocultistas, á la vez que aceptan este pensamiento por razón de conveniencia, distinguen los estados progresivos de la evolución de lo concreto de lo abstracto, por medio de términos tales como Mónada mineral, vegetal, animal, etc. El término sólo significa que la oleada de evolución espiritual está pasando por aquel arco del circuito. La «Esencia Monádica» comienza á diferenciarse de un modo imperfecto como conciencia individual en el reino vegetal. Como las Mónadas no son cosas compuestas, según lo define correctamente Leibnitz, la esencia espiritual es lo que las vivifica en sus grados de diferenciación, lo que propiamente constituye la Mónada, y no la agregación atómica que es sólo el vehículo y la substancia por medio de la cual penetran los

grados de inteligencia inferiores y superiores.» (Vol. I, págs. 178-179.)

El estudiante que lea y medite este pasaje, se ahorrará muchas confusiones para el porvenir, á costa de una pequeña molestia en el presente. En primer término tiene que comprender con claridad que la Mónada, esto es, «la esencia espiritual» á la que únicamente puede aplicarse con estricta exactitud el término Mónada, es una en todo el Universo; que Atma-Buddhi no es tuyo ni mío, ni propiedad de nadie en particular, sino la esencia espiritual que á todo comunica energía. Del mismo modo la electricidad es una en todo el mundo, aunque pueda hallarse en actividad en tu máquina ó en la mía, y ni tú ni yo podemos distinguirla, llamándola nuestra electricidad. Pero, y aquí nace la confusión, cuando Atma-Buddhi manifiesta su energía en el hombre en quien el Manas es activo como fuerza individualizadora, se habla de él á menudo como si la agregación atómica fuese una mónada separada, y entonces nos resultan «Mónadas» como en el pasaje anterior. Esta libertad de usar de la palabra no conducirá á error, si el estudiante recuerda que el proceso individualizador *no está en el plano espiritual,* sino que Atma-Buddhi, *como visto á través de Manas*, parece participar de la individualidad de este último. Es cómo si se tomasen varios pedazos de cristal de distintos colores y se mirase el sol con ellos, se vería un sol encarnado, otro azul, otro amarillo, y así sucesivamente, y, sin embargo, no existe más que un sol único brillando sobre nosotros, alterado por el medio á través del cual se le mira. Así, pues, en vez de la frase que oimos á menudo de «Mónadas humanas», debería decirse «la Mónada manifestándose en el reino humano»; pero esta exactitud algo pedantesca serviría probablemente sólo para confundir á mucha gente, y no conducirá seguramente á error la frase popular que se emplea, cuando se ha comprendido el principio de unidad del plano espiritual, del mismo modo que no formamos un concepto falso al hablar de la salida del sol. La Mónada Espiritual es Una, Universal, Infinita é Indivisible, y sus rayos, forman lo que en nuestra ignorancia llamamos las «Mónadas Individuales de los hombres». (*Doctrina Secreta,* vol. I, pág. 177.)

Muy hermosa y poética es esta unidad en la variedad, expuesta en uno de los Catecismos Ocultos, en el que el Guru pregunta al Chela:

«Levanta tu cabeza ¡oh Lanu! ¿Ves una ó ves infinitas luces sobre ti, brillando en el obscuro cielo de la media noche?

»Yo siento una Llama, ¡oh Gurudeva!; veo innumerables chispas no desprendidas, que arden en ella.

»Dices bien. Y ahora mira á tu alrededor y dentro de ti mismo. ¿Esa luz que en ti arde sientes tú que difiere de algún modo de la luz que brilla en los demás hombres, tus hermanos?—No difiere en lo más mínimo, aunque el prisionero está sujeto á esclavitud por Karma, y aunque sus vestiduras engañan al ignorante y le hacen decir «tu alma» y «mi alma».

No habrá ahora gran dificultad en comprender los grados de la evolución humana; la Mónada, que, como hemos visto, se ha abierto un camino, llega al punto en el que la forma humana puede ser construída en la tierra; entonces se desarrolla un cuerpo astral con su copia física, se adquiere á Prana, el gran Océano de Vida, se desenvuelve Kama, y todos estos principios que constituyen el Cuaternario Inferior, son cobijados por la Mónada, fortalecidos por ella, impulsados hacia adelante, hacia una creciente y continua perfección de forma y capacidad, para manifestar las energías superiores en la Naturaleza. Este era un animal, un hombre físico evolucionado á través de dos Razas y media. Entonces en el punto medio ya alcanzado, esto es, en la mitad de la tercera raza, los Manasa-putra, los Inmortales pensadores entraron en las viviendas así preparadas para ellos, y formaron el puente entre el hombre animal y el espíritu, entre el Cuaternario evolucionado y Atma-Buddhi que le cobija, para principiar el largo ciclo de reencarnaciones del que debe resultar el Hombre perfecto.

El «Desarrollo Monádico» ó la evolución de

la Mónada, desde el reino animal hasta el humano, continuó á través de la Tercera Raza hasta la mitad de la Cuarta, recibiendo la población humana continuamente nuevos reclutas, en cada uno de los cuales se encarnaba uno de los Manasa-putras; y estas primeras encarnaciones han tenido así lugar desde la segunda mitad de la Tercera Raza hasta la primera de la Cuarta. Después de ésta, «que es el punto central de vuelta» en este ciclo de evolución, ninguna Mónada más puede entrar en el reino humano: la puerta quedó cerrada en este ciclo. (*Doctrina Secreta*, vol. I, pág. 182.) Desde entonces la reencarnación ha sido el método seguido para la evolución, reemplazando esta reencarnación individual del Pensador Inmortal en conjunción con Atma-Buddhi á la colectiva estancia de éste en las formas inferiores de esta materia.

Según las enseñanzas Teosóficas, la humanidad ha llegado ya á la Quinta Raza, y ahora estamos en la quinta sub-raza de ésta, teniendo que pasar el género humano en este globo por el complemento de la Quinta Raza y por el nacimiento, madurez y decadencia de la Sexta y Séptima. Pero durante todas las edades necesarias para esta evolución, no habrá aumento en el número total de los Egos que se reencarnan; solamente una pequeña porción de éstos se reencarnan á un tiempo en nuestro globo, de manera que la población puede tener sus crecidas y mermas dentro de ambos límites, y se habrá notado que cuando ha habido una despoblación local causada por una mortalidad excepcional, tiene lugar una avalancha de nacimientos. Para tales fluctuaciones hay espacio suficiente, teniendo en cuenta la diferencia entre el número total de los Egos que se reencarnan y el número encarnado en una época dada.

LÍNEAS GENERALES DE EVIDENCIA PARA LOS INVESTIGADORES INEXPERTOS

Es natural y lógico que cualquiera persona pensadora, puesta frente á frente de afirmaciones como las que se han expuesto en lo anteriormente escrito, pregunte qué clase de pruebas se darán para demostrar la verdad de nuestros asertos. Ninguna persona sensata pedirá pruebas perfectas y completas que sean evidentes para todos, sin que se tomen el trabajo de estudiar. Se admitirá, desde luego, que las teorías de una ciencia no pueden demostrarse á ninguno que ignore sus rudimentos, y no se extrañará encontrar en lo que va dicho mucho que no puede probarse sino á aquellos que hayan hecho algún progreso en su estudio. Un tratado sobre las matemáticas superiores, sobre la correlación de las fuerzas, sobre la teoría atómica ó sobre la constitución molecular de los elementos químicos, contendrá muchas afirmaciones cuya prueba no podría suministrarse, sino á aquellos que hubiesen consagrado tiempo y meditación al estudio de los elementos de la ciencia de que se trate; y asimismo una persona imparcial llamada á apreciar la manera especial con que la Teosofía describe la constitución del hombre, admitirá sin vacilar que no puede esperarse una completa demostración, hasta que no se haya dominado la parte elemental de la ciencia Teosófica.

No por esto deja de haber en todas las ciencias pruebas generales suficientes para justificar su existencia y para estimular el estudio de sus más recónditas verdades; siendo también posible en Teosofía indicar algunas al investigador inexperto que justifiquen el gasto de tiempo que á su estudio dedique, y que le garanticen la promesa de un conocimiento más ámplio y más profundo de sí mismo y de la naturaleza externa, que el que puede obtener de otro modo cualquiera.

Será bien dejar sentado desde el principio, que no hay pruebas eficaces para la generalidad de los investigadores sobre la existencia de los tres planos superiores de que hemos hablado. Los reinos del Espíritu y de la Mente Superior, están cerrados para todos los que no han desarrollado las facultades necesarias para su investigación. Los que las han desarrollado, no necesitan pruebas de la existencia de estos reinos; á los que se hallan en el caso contrario, ninguna prueba

puede darse. Que existe *algo* por cima del plano Kama-Manásico, puede ciertamente probarse por los relámpagos del genio, por las elevadas intuiciones que de tiempo en tiempo alumbran la obscuridad de nuestro mundo inferior; pero lo que este *algo* sea, solamente pueden decirlo aquellos cuyos ojos internos se han abierto y ven donde la masa humana aún no distingue nada. Pero los planos inferiores son susceptibles de comprobación, y nuevas pruebas se acumulan de día en día. Los MAESTROS de SABIDURÍA se valen de los investigadores y pensadores del mundo occidental, para hacer «descubrimientos» que tienden á reforzar las avanzadas de la posición Teosófica; y las líneas que están siguiendo, son precisamente aquellas que se necesitan para encontrar las leyes naturales que justificarán las aseveraciones de los Teosofistas, respecto de los «poderes» elementarios y los «fenómenos» á que se ha dado una importancia tan exagerada. Se ha encontrado que tenemos hechos innegables que establecen la existencia de otros planos además del físico, en donde la conciendia puede funcionar; que establecen la existencia de otros poderes y sentidos de percepción que los que nos son familiares en la vida diaria; que acreditan la existencia de poderes de comunicación entre las inteligencias, sin ayuda de aparatos mecánicos; y seguramente que en estas circunstancias los Teosofistas tienen el derecho de decir que se ha dado el paso preliminar que justifica investigaciones más avanzadas de su doctrina.

Limitémonos, pues, á los cuatro planos inferiores de que hemos hablado en las páginas precedentes, á los cuatro principios inferiores del hombre que tienen relación con estos planos. De estos cuatro, omitiremos uno, el de Prana, porque nadie pondrá en duda el hecho de la existencia de la energía que llamamos «vida». La necesidad de aislarlo por conveniencias del estudio, puede ser rechazada, y la verdad sea dicha, el plano de Prana ó el principio Prana compenetra, uniéndolos, todos los otros planos y todos los otros principios. Quedan para estudiar el plano físico, que es en el hombre el de Sthula Sarira, el plano astral y el plano Kama-Manásico. ¿Podremos dar la evidencia de éstos por pruebas que sean aceptadas por aquellos que no son todavía Teosofistas? Nos parece que sí.

Primeramente, por lo que respecta al plano físico, debemos anotar aquí, cómo los sentidos del hombre están relacionados con el universo físico que le rodea, y cómo su conocimiento de este universo está limitado por los poderes de sus órganos sensitivos para vibrar, correspondiendo á las vibraciones producidas fuera de él. Puede oir las vibraciones que se pongan en acción en el aire, que hagan vibrar también el tímpano de su oído; si la vibración es tan lenta que el tímpano no puede vibrar en consonancia, la persona no oye ningún sonido; si la vibración es tan rápida que el tímpano tampoco puede vibrar en correspondencia, el resultado es igual.

Tan verdad es esto, que el límite de audición varía en diferentes personas, según el poder de vibración de sus respectivos tímpanos; una persona puede no oir nada, mientras otra ensordece con el agudo sonido que conmueve tumultuosamente el aire que rodea á ambos. El mismo principio se aplica perfectamente al sentido de la vista; podemos ver mientras que las ondas luminosas correspondan á nuestros órganos visuales; más abajo ó más arriba de esta escala de correspondencia permanecemos en la obscuridad, cualquiera que sea la vibración del éter. La hormiga puede ver donde nosotros estamos ciegos, porque sus ojos pueden recibir y responder á vibraciones etéreas más rápidas de las que nosotros podemos percibir.

Todo esto sugiere á cualquier persona pensadora la idea de que, si nuestros sentidos pudieran desenvolver su sensibilidad, nuevas sendas de conocimientos se nos abrirían aún en el plano físico; comprendido esto, no es difícil dar un paso más y concebir que puedan existir sentidos más agudos y sútiles, aptos para funcionar en un nuevo universo ó plano distinto del físico.

Ahora bien; esta hipótesis es una verdad, y con la evolución de los sentidos astrales, el plano astral se desenvuelve ante ellos y puede ser estudiado tan real y científicamente

como pueda serlo el universo físico. Los sentidos astrales existen en todos los hombres, pero están latentes en la gran mayoría de ellos, y generalmente requieren ser desarrollados de una manera artificial, si se han de usar en el presente estado de la evolución. En algunas personas se encuentran normalmente presentes, y pueden hacerse activos sin ningún impulso artificial, y en muchas personas pueden ser despertados y desarrollados artificialmente. La condición requerida en todos los casos para la actividad de los sentidos astrales es la pasividad de los físicos; y mientras más completa sea esta pasividad en el plano físico, más posible es la actividad en el astral.

Vale la pena de notar cómo los psicólogos occidentales han creído necesaria la investigación de lo que llaman la «conciencia del sueño» para poder comprender las funciones de la conciencia, como un todo. Es imposible ignorar el extraño fenómeno que caracteriza las funciones de la conciencia, cuando traspasa los límites del plano físico, y alguno de nuestros más hábiles y avanzados psicólogos no creen estas funciones de ningún modo indignas de la más atenta y científica investigación. Todas estas funciones son, en lenguaje teosófico, del plano astral, y el estudiante que busca la prueba de que existe un plano semejante, puede encontrar en esto materia más que suficiente para su objeto. Pronto descubriría que las leyes que rigen la conciencia en el plano físico, no existen en el astral. Verbigracia: las leyes del Espacio y del Tiempo, que son aquí las mismas condiciones del pensamiento, no existen para la conciencia cuando su actividad es transferida al mundo astral. Mozart oye toda una sinfonía como una sola impresión, pero tiene que explanarla en detalles sucesivos cuando la transporta al plano físico. El «sueño» de un momento contiene un cúmulo de sucesos que necesitarían años para desenvolverse sucesivamente en nuestro mundo del tiempo y del espacio. Pero no es necesario multiplicar los ejemplos.

Se puede penetrar en el plano astral, así en el sueño como en el estado sonambúlico, natural ó sugerido; esto es, en cualquier caso en que el cuerpo se encuentre en la condición de letargo. En el estado sonambúlico se le puede estudiar mejor, y aquí nuestro investigador encontraría pronto la prueba de que la conciencia puede funcionar aparte de los órganos físicos, desligada de las leyes que la sujetan cuando funciona en el plano físico. La clarividencia y la clariaudiencia son de los fenómenos más interesantes que pueden ser objeto de la investigación.

No es necesario citar aquí un gran número de casos de clarividencia, porque desde luego supongo que el investigador tiene la intención de estudiar por sí mismo. Pero mencionaré los casos siguientes: El de Juana Rider, observado por el Dr. Beldeu, su médico; una muchacha que pudo leer y escribir con los ojos cuidadosamente vendados con algodón en rama, que le llegaba á la mitad de la mejilla (1); el de una clarividente observado por Schelling que anunció la muerte de una parienta que vivía á una distancia de ciento cincuenta leguas, afirmando que la carta que contenía la noticia estaba en camino (2); el de madama Lagandre que diagnosticó el estado interno de su madre, dando una descripción cuya exactitud se acreditó por la autopsia, (Somnolismo y Psiquismo. Dr. Ibaddock, págs. 54-56); y el de Emma- la sonámbula del Dr. Ibaddock, que constantemente hacía el diagnóstico de las enfermedades de sus clientes (íd. íd., cap. VII). Generalmente hablando, el clarividente puede ver y describir sucesos que tienen lugar á distancia ó en circunstancias que hacen imposible la vista física. *¿Cómo sucede esto?* Los hechos están fuera de discusión; pero requieren explicación. Decimos que la conciencia puede funcionar por medio de otros sentidos que los físicos; sentidos que no están encadenados por las limitaciones del espacio que existen para los corporales, y que no pueden ser influídos por ellas. Los que niegan la posibilidad de tales funciones en lo que llamamos plano astral, deberían por lo menos tratar de presentar una hipó-

(1) *Isis Revelada*, vol. I, pág. 377.
(2) Id. íd., vol. II, págs. 89-92.

tesis más razonable que la nuestra. «Los hechos son obstinados» y tenemos aquí un cúmulo de hechos que prueban la existencia de la actividad consciente en un plano superfísico; ver sin ojos, oir sin oídos, obtención de conocimientos sin aparatos físicos. A falta de otra explicación, la hipótesis Teosófica mantiene sus posiciones.

Existen otra clase de hechos: las apariciones astrales, ya sea de personas vivas ó de muertos, sombras, espectros, dobles, etc., etcétera. Por supuesto, las personas «sábelo todo» de fin del siglo XIX, harán un mohín de supremo desdén al oir mencionar estas necias supersticiones; pero con hacer gestos desdeñosos no se borran los hechos, y aquí se trata de cosas evidentes. El peso de los testimonios es enorme sobre tales apariciones, y en todas las edades del mundo la humanidad ha atestiguado su realidad. El investigador, cuya petición de prueba tengo á la vista, puede ya poner manos á la obra para acumular evidencia sobre este particular. Por supuesto, si tiene miedo de que se rían de él, hará mejor en dejarlo; pero si es bastante fuerte, para hacer frente al ridículo de las personas *superiores*, se quedará maravillado ante los hechos atestiguados que reunirá de las personas que han estado en contacto con formas astrales. «¡Ilusiones! ¡Alucinaciones!» dirían las eminencias; pero el poner motes no arregla nada. Ilusiones que atestigua la gran mayoría de la raza humana, son por lo menos dignas de estudio, si es que el humano testimonio ha de considerarse de algún valor. Algo debe de existir que dé origen á esta unanimidad de testimonio en todas las edades del mundo, testimonio que hoy se encuentra tanto entre la gente civilizada, en medio de los ferrocarriles y luces eléctricas, como entre las «razas bárbaras».

El testimonio de millares de espiritistas sobre la realidad de las formas astrales, no puede dejar de ser considerado. Descontados todos los casos de fraude ó impostura, quedan todavía fenómenos que no pueden ser desechados por fraudulentos y que pueden ser examinados por todas las personas que se interesen y quieran tomarse el trabajo de dedicar tiempo á su investigación. No hay necesidad de emplear para ello un *medium* profesional; unos cuantos amigos que se conozcan bien mútuamente, pueden emprender juntos las investigaciones; y no es mucho el asegurar que una media docena de personas, con un poco de paciencia y perseverancia, pueden convencerse de la existencia de fuerzas inteligentes distintas de las del plano físico. Hay en esto algún peligro para las naturalezas nerviosas que se emocionan y son influídas con facilidad, y se hará bien en no llevar las investigaciones demasiado lejos, por las razones expuestas en las anteriores páginas; pero no existe otro medio que dé tan pronto el resultado de echar por tierra la incredulidad en la existencia de algo fuera del plano físico, como el intentar algunos experimentos, y vale la pena de correr algún riesgo para el efecto indicado.

Estas no son más que indicaciones sobre la línea de conducta que el investigador puede seguir para convencerse de que existe un estado de conciencia como el que nosotros denominamos «astral». Cuando haya reunido la evidencia necesaria para considerar este estado probable, será tiempo de ponerse en camino de estudios más serios. Para la investigación real del plano astral, tiene el estudiante que desarrollar en sí mismo los sentidos necesarios al efecto; y para hacer eficaz este conocimiento, mientras que está en el cuerpo, tiene que aprender á transportar su conciencia al plano astral, sin perder de vista el organismo físico, de manera que pueda imprimir en el cerebro físico el conocimiento adquirido durante sus viajes astrales. Pero para esto, es necesario que no sea un simple investigador, sino un estudiante, porque requiere la ayuda y dirección de un maestro. En cuanto á encontrar éste, «cuando el discípulo esté pronto, el maestro lo estará también.»

La prueba de la existencia del plano Kama-Manásico, puede encontrarse en la actualidad muy fácilmente en el estudio de los fenómenos hipnóticos y mesméricos; y aquí, antes de pasar á ellos, estoy en el deber de advertir que la práctica del mesmerismo é hipnotismo está rodeada de peligros. El público

que asiste á todos los descubrimientos científicos en el Occidente, ha derramado á manos llenas conocimientos que ponen al alcance de los que están dispuestos á cometer el crimen, poderes terribles que pueden ser usados para los fines más censurables. Ninguna persona buena usará estos poderes, si encuentra que los tiene, á no ser para utilizarlos puramente en servicio de la humanidad, sin fin ni objeto egoísta, y cuando está bien seguro de que por su medio no ejerce dominio sobre la voluntad y las acciones de otro ser humano. Desgraciadamente, el uso de estas fuerzas está á disposición tanto de los buenos como de los malos, y pueden ser y son usadas para los fines más nefastos. En vista de estos nuevos peligros que amenazan á los individuos y á la Sociedad, cada cual hará bien en fortalecer los hábitos de su propio dominio, y de concentración de pensamiento y de voluntad, para fortificar así la facultad mental positiva como opuesta á la negativa, y oponer una sostenida resistencia á todas las influencias que vengan de fuera. Nuestra costumbre de dejar vagar el pensamiento, nuestra falta de objeto preciso y consciente nos dejan á merced de los ataques de los mal intencionados hipnotizadores, y que éste no es un peligro supuesto, sino muy real, ha sido ya probado por casos que han puesto á las víctimas dentro de la esfera de la ley criminal.

Puestos en guardia, podemos ahora proceder prudentemente al estudio de los experimentos hechos públicamente con objeto de encontrar pruebas preliminares de la existencia del plano Kama-Manásico; pues en esto está la ciencia Occidental á punto de descubrir alguno de los «poderes» de que los Teosofistas han hablado tanto, y tenemos el derecho, para justificar nuestras enseñanzas, de utilizar todos los hechos que dicha ciencia nos suministra.

Ahora bien; una clase de las más importantes de estos hechos, es el de los pensamientos que se hacen visibles como formas. A una persona hipnotizada, después de despertar del estado sonambúlico y estar aparentemente en la posesión normal de sus sentidos, puede hacérsele ver cualquier forma concebida por el hipnotizador. No es necesario para ello decir palabra alguna ni usar el tacto; es suficiente que el hipnotizador se imagine para sí con toda claridad una idea cualquiera, para que esta idea se vuelva un objeto visible y tangible para la persona que está bajo su dominio. Este experimento puede practicarse de varias maneras: cuando el paciente está en estado sonambúlico, puede usarse la «sugestión», esto es, el operador puede decirle que un pájaro está en su rodilla, y al despertar de su sueño, verá al pájaro y lo acariciará (1); ó bien que tiene en las manos una pantalla y al despertar la apretará entre ellas, sintiendo resistencia en el espacio vacío (2); muchísimos experimentos de estos pueden leerse en Richer ó en Binet y Feré.

Iguales resultados pueden obtenerse sin «sugestión» por la pura concentración del pensamiento; he visto un paciente á quien se le ha hecho así quitar un anillo del dedo de una persona, sin que mediase palabra ni contacto alguno entre el hipnotizador y el hipnotizado. La literatura sobre mesmerismo é hipnotismo, en inglés, francés y alemán, es actualmente muy extensa, y está al alcance de todos. Allí puede comprobarse esta creación de formas por el pensamiento y la voluntad; formas que en el plano Kama-Manásico, son reales y objetivas. El mesmerismo y el hipnotismo colocan á la inteligencia en libertad en este plano, y funciona en él sin las dificultades é impedimentos que normalmente opone el aparato físico; puede ver y oir en este plano, y ve los pensamientos como cosas. En este estado necesita también para hacer un estudio real, aprender á transportar la conciencia, sin romper la relación con el organismo físico; pero para las investigaciones preliminares, basta con estudiar á otros cuya conciencia se ha puesto en libertad artificialmente sin su propia voluntad. Esta realidad de las imágenes, pensadas en un plano superfísico, es un hecho de la más alta im-

(1) *Études Cliniques sur la Grande Hysterie*, Richer, pág. 645.

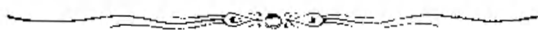
(2) *Animal Magnetism*, traducido de Binet y Feré, página 213.

portancia, especialmente por su relación con la reencarnación; pero basta con indicarlo aquí como un hecho que tiende á demostrar á primera vista la probabilidad de la existencia de tal plano.

Otra clase de hechos que merecen estudio, es aquella que se refiere á la transmisión de pensamientos. Los «Relatos de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas» contienen un gran número de experimentos interesantes sobre el asunto, y la posibilidad de la transmisión del pensamiento de cerebro á cerebro, sin el uso de la palabra ni de ningún otro medio de ordinaria comunicación física, está á punto de ser aceptada generalmente. Dos personas cualesquiera que tengan paciencia, pueden convencerse de esta posibilidad, si se interesan lo bastante para dedicar á ella suficiente tiempo y constancia. Que convengan en destinar, pongamos diez minutos cada día, á su experimento, y fijando bien la hora, que se encierre cada cual sólo, asegurado contra toda clase de interrupciones. Que uno de ellos se constituya en iniciador de pensamientos y el otro en perceptor, y si sucede que el uno es naturalmente positivo y el otro receptivo, tanto mejor. El iniciador debe concentrarse en un pensamiento determinado, con la voluntad de imprimirlo en la mente de su amigo: ninguna otra idea que la determinada debe entrar en su mente; su pensamiento tiene que estar concentrado en la cosa única «única marcada» según el lenguaje gráfico de Patanjali. El perceptor, por otro lado, debe poner á su mente en estado de espectativa y limitarse á tomar nota del pensamiento ó pensamientos que por ella pasen: deberá anotarlos así que aparecen, siendo su único cuidado el permanecer pasivo, sin rechazar ni dar fuerza á nada. El iniciador, por su parte, debe llevar una nota de las ideas que trata de enviar; al cabo de seis meses las dos notas deben compararse, y á menos que las personas sean de una manera anormal deficientes de pensamiento y de voluntad, algún poder de comunicación tendrá que haberse establecido en este tiempo entre ellas; y si son del todo psíquicas, desarrollarán también, probablemente, el poder de verse el uno al otro en la luz astral.

Se objetará que semejante experimento sería monótono y fastidioso: concedido; todas las investigaciones primeras sobre las leyes y fuerzas naturales son fastidiosas y monótonas, y esta es la razón por qué casi todos prefieren los conocimientos ya estudiados á los por estudiar: «la sublime paciencia del investigador» es uno de los más raros dones. Darwin hubiera ejecutado cien veces un experimento trivial, en apariencia, para comprobar un hecho pequeño; los dominios supersensuales no necesitan seguramente para su conquista menos paciencia y menos esfuerzo que los de los sentidos. La impaciencia jamás ha realizado hasta ahora ninguna conquista en la investigación de la naturaleza, y el estudiante que tenga buen deseo, debe desde el principio mismo, demostrar una incansable perseverancia; puede perecer pero no retroceder.

Finalmente, aconsejaré al investigador que esté á la espectativa de nuevos descubrimientos, principalmente en las ciencias de la Electricidad, Física y Química. Que lea la comunicación del profesor Lodge á la Asociación Británica de Cardiff el pasado otoño, y la del profesor Crook á la Sociedad de Ingenieros Civiles de Londres en Noviembre último, y encontrará en ellas fecundas alusiones á las líneas generales por las cuales se prepara á marchar la ciencia Occidental, y empezará quizás á percibir que puede haber algo en la afirmación de H. P. Blavatsky de que los ***Maestros de Sabiduría*** se preparan á dar pruebas que evidenciarán las verdades que encierra la Doctrina Secreta.



BOSQUEJO

SOBRE LAS

CIENCIAS ORIENTAL Y OCCIDENTAL

La vida en el globo terrestre no es sino una faz de la evolución universal—mejor aún—la manifestación material del Espíritu (1).

SEÑORES:

Antes de penetrar más profundamente en las doctrinas de la Teosofía, creo conveniente á nuestro fin hacer una reseña general de los conocimientos occidentales que más se relacionen con los principios y ciencias orientales que hoy queremos estudiar. Nuestro hermoso lema es el mejor estímulo para ello. Sobre todo, no olvidemos que el punto de partida de nuestros conocimientos ha sido el análisis, y que, marchamos hacia adelante, para llegar gradualmente y en su debido tiempo, á la síntesis, punto de partida de los Maestros del Oriente.

Ambos principios han de fundirse en una sola palabra: la *verdad*.

Creo, pues, conducente al objeto, dividir el presente trabajo en siete partes, que son:

1.° Fuerza y movimiento.

2.° Carácter esencial de los cuerpos vivos.

3.° Carácter distintivo de vegetales y animales.

4.° *Formas de la vida.*

5.° Las condiciones físicas de la vida.

6.° Lugar del hombre en la naturaleza.

7.° Los principios de la Fisiología.

Como ven ustedes, me refiero en este trabajo únicamente al Occidente, si bien notarán desde luego algunos puntos de contacto con la ciencia oriental.

Con objeto de no molestar á ustedes demasiado, me ocuparé hoy sólo de la primera parte.

FUERZA Y MOVIMIENTO

Dicen los fisiólogos que su ciencia es la ciencia de la vida.

Muy bien; pero ¿qué es la vida?

Antes de procurar dar una definición; antes de trazar los caracteres esenciales de los cuerpos vivos, y de decir en qué se diferencian de los cuerpos brutos, parece indispensable resumir las ideas más admitidas en Occidente sobre la constitución de la materia, de los cuerpos y sus manifestaciones. Esto es física pura, dirán ustedes. Sí, señores; pero la fisiología está tan íntimamente ligada á las ciencias físico-químicas, que no podemos prescindir de seguir ese camino, procurando precisar lo que debe entenderse por la palabra *fuerza*, tan en uso hoy, así como insistir en que la fuerza no es más que un *modo de movimiento*, la fisiología una rama de la *dinámica general;* y la vida misma, *una forma del movimiento universal.*

Varias son las hipótesis sobre la constitución de la materia. La que mejor responde al estado actual de la ciencia, es la *hipótesis atómica,* que puede resumirse así: la materia se compone en último análisis de *átomos*; es decir, de partículas indivisibles, impenetra-

(1) Damos principio á una serie de estudios científicos, debidos á la pluma de nuestro hermano Bernardo de Toledo, Presidente de la Rama de Valencia de la S. T. El presente artículo, así como los sucesivos, no fueron escritos especialmente para SOPHIA. Son simples conferencias escritas, destinadas á la instrucción de los hermanos que forman la Rama Valenciana. Nuestro hermano B. de Toledo se propone indicar los puntos de contacto existentes entre la Ciencia Occidental y la Oriental, así como aquéllos en que se separan una de otra, y concluir demostrando que ambas se completan, y que las ciencias positivista y materialista son incapaces de explicar satisfactoriamente el menor fenómeno, sin el auxilio del Ocultismo, en cuyo dominio va penetrando, quizás á pesar suyo, cada vez más la ciencia oficial del Occidente.

Creemos que estas Conferencias, que publicamos en su forma original, serán de gran utilidad para muchos de nuestros hermanos. — *La Redacción.*

bles, distantes unas de otras y actuando unas sobre otras de suerte que modifican sus movimientos.

El átomo es invisible; sin embargo, en un trabajo exclusivo sobre estos gigantes disfrazados, como los llama Tindall, tendré el gusto de ofrecer á ustedes un átomo dibujado, así como la explicación de su fuerza, tal como los ha dibujado y explicado mi sabio amigo y profesor el Dr. Babbitt.

Los átomos son de dos clases, y se admite que hay dos clases de materia: 1.ª *la materia ponderable*, cuyos átomos se atraen en razón inversa del cuadrado de las distancias (ley de la atracción universal de Newton). 2.ª una *materia imponderable*, ó éter, cuyos átomos se repelen, siguiendo una ley todavía desconocida (en Occidente). Si no existiese la repulsión atómica del éter, los átomos ponderables se verían impulsados unos hacia otros por la atracción, y el cosmos no formaría más que una masa coherente donde sería imposible todo fenómeno. Algunas inteligencias superiores, tales como el jesuíta Secchi, ese tenaz observador del sol, van aún más lejos y llegan á querer explicar todos los fenómenos materiales por el éter y por los movimientos de sus átomos. Por consiguiente, en este caso no habría sino una sola clase de materia: *la materia imponderable* ó *éter*, cuyos movimientos explicarían *el calor, la luz, la gravitación, la electricidad*, etc. Es menester convenir en que aquí la ciencia, desde un siglo atrás, ha dado un gran paso adelante. Según la teoría de que venimos ocupándonos, los cuerpos simples están compuestos de la manera siguiente: Cada átomo material está rodeado de una atmósfera de átomos de éter, de densidad decreciente á medida que se aleja del centro; á este pequeño grupo de átomos, es al que Reettenbacher ha dado el nombre de *dinámidos*. Los cuerpos compuestos están formados por agregaciones de *dinámidos* ó *moléculas*.

Unidad de la materia: Esta idea de la unidad de la materia, recibe gran impulso efecto de una serie de importantes investigaciones recientes, particularmente de las experiencias de Bell respecto á la transmisión de los movimientos del *éter* á la materia pesada, tales como los metales, de las experiencias sobre los rayos espectrales, de los estudios comparados de los espectros de las estrellas y en las investigaciones de Lockyer sobre las variaciones del espectro del calcium y el hidrógeno. Se ha llegado, pues, á la conclusión de que el *éter* participa de las propiedades de la materia pesada ó sólida.

De los átomos: Los autores están aún muy lejos de prestar la misma significación á la palabra átomo, hasta el punto de reinar no poca confusión en el lenguaje científico. Para unos son partículas materiales indivisibles por los medios físicos y químicos á nuestro alcance. Es la más pequeña cantidad de un cuerpo simple que forma parte de un cuerpo compuesto. Evidentemente aquí la indivisibilidad de los átomos no es más que relativa.

Para otros, la indivisibilidad es absoluta, teniendo formas determinadas y específicas.

Algunos dejan á un lado la cuestión de la divisibilidad, considerándolos como partículas cuyo volumen no cambia, pero sí la distancia de unos á otros.

Otros consideran la materia como indefinidamente divisible, reduciendo los átomos á puntos matemáticos, conservándoles, sin embargo, su carácter material. En fin, para algunos físicos, los átomos no son sino centros de fuerza sin extensión, simples *móneras dinámicas;* aquí la idea de materia se desvanece para dar lugar á un simple dinamismo inmaterial.

Las moléculas: Se ha procurado calcular el volumen, los diámetros y las distancias de las moléculas, basándose para ello en su velocidad y densidad. Según los cálculos de Clausius, Waals, etc., etc., un centímetro cúbico de aire contiene un número de moléculas representado por la cifra 24, seguida de diez y ocho ceros.

Átomos torbellinos: Thompson admite lo que él llama *átomos torbellinos*. Para tener una idea, se puede recordar las coronas de humo que los fumadores arrojan al aire. El Universo, según el mismo autor, está formado por estos átomos torbellinos.

De los cuerpos: Los cuerpos, bajo el punto

de vista de su constitución íntima, pueden ser considerados, según la hipótesis atómica, como formados por la reunión de átomos de materia ponderable, entre los cuales se encuentran átomos de materia imponderable ó *éter*. Las condiciones que determinan los diferentes estados de los cuerpos, son tres: 1.ª la *atracción* de los átomos ponderables los unos por los otros, sea de una molécula á otra, *cohesión*, sea entre los átomos de una misma molécula, *afinidad*; 2.ª la atracción de cada uno de estos átomos ó de grupos de éstos hacia el centro de la tierra, *gravedad*; 3.ª los movimientos de los átomos etéreos interpuestos, *repulsión*.

Si el estado físico de los cuerpos es en gran parte determinado por la intensidad del movimiento de los átomos etéreos contenidos en estos cuerpos, resultará que aumentando poco á poco el movimiento de estos átomos, se podrá hacer pasar sucesivamente un cuerpo del estado sólido al líquido y al gaseoso y viceversa. Esto es en realidad lo que ocurre. El calor no es otra cosa más que una variación en los movimientos de los átomos etéreos de los cuerpos.

Algunos autores, basándose en la propiedad de algunos gases extremadamente rarificados, han admitido *un cuarto estado de la materia, estado radiante ó materia radiante*; estado que difiere tanto del gaseoso como éste del líquido, caracterizado por una extremada rarefacción de la materia. Al célebre Crookes, hoy teosofista convencido, se debe el descubrimiento de la materia radiante.

Estado permanente de la materia: Á Lavoisier se debe la siguiente ley: Nada se crea, nada se pierde; la materia ni puede salir de la nada, ni puede volver á la nada; cuando creemos que desaparece, en realidad no hace más que transformarse, cambiar de estado, pasar de una combinación á otra.

Permanencia de la fuerza: La idea de fuerza es inseparable de la idea de materia; no las conocemos á ambas más que por el movimiento. Del mismo modo que la cantidad de materia es una, así también hemos de reconocer la permanencia de la fuerza. Así como tampoco puede la materia crearse ni aniquilarse. Dice Helmoltz: la cantidad de fuerza capaz de actuar que existe en la naturaleza inorgánica, es eterna é invariable, lo mismo que la materia.

Fuerzas vivas y fuerzas de tensión: Todos conocéis estas fuerzas, y, por consiguiente, es inútil detallarlas.

Principio de la correlación de fuerzas: Las fuerzas vivas se transforman en fuerzas de tensión y viceversa; las fuerzas vivas se transforman las unas en las otras; por ejemplo: el movimiento mecánico se convierte en calor, éste en movimiento, el movimiento en electricidad, la electricidad en luz, etc., etc. Para concluir esta primera parte que he procurado condensar lo más posible, acentuaré los puntos relativos á la fuerza y movimiento; epígrafe de este primer párrafo.

¿Qué es una fuerza? Si hubiéramos de contentarnos con considerar la fuerza bajo el punto de vista de los resultados, la respuesta es clara é invariablemente la misma: *una fuerza es una causa de movimiento*; pero si consideramos no ya el efecto, si no la naturaleza de la fuerza, ya empiezan las divergencias. Tantos sistemas, tantas ideas diferentes, contrarias digamos, comprendidas todas bajo la denominación vanal de *fuerza*. En el lenguaje usual tiene esto poca importancia; pero no así en el lenguaje científico; si una misma palabra corresponde á ideas diferentes, la confusión se introduce en la ciencia, y pasa rápidamente del lenguaje á las ideas; la forma vicia el fondo. La historia de la palabra fuerza y las ideas agrupadas á su alrededor, es de lo más instructivo. ¡Entre las fuerzas á las que las religiones llaman Dios y la masa material animada de movimiento, que el matemático llama también una fuerza, qué distancia no hay!

La fuerza, dice Jaques, es simple y única, idéntica é inalterable, espiritual é inmaterial. Es imperecedera, porque solamente es perecedero lo que es compuesto.

En el movimiento, ¿qué encontramos al analizarlo? Un movimiento, un móvil y un motor. Al llegar al motor, llegamos á lo vivo de la cuestión. Á todo fenómeno, el espíritu humano atribuye una causa. Todo movimien-

to comprobado nos obliga á admitir alguna cosa anterior al movimiento y que lo produce. ¿Qué es ese algo, ese motor? En realidad, y yendo al fondo de las cosas, se encuentra siempre un movimiento como causa del mismo.

Es absurdo, dice Secchi, admitir que el movimiento en la materia bruta pueda tener otro origen que el movimiento mismo. Tómese cualquier fenómeno de movimiento, y de uno en otro nos remontaremos por una serie de movimientos que desempeñan uno después de otro y con relación de uno á otro, el papel de causa á efecto, llegándose á un movimiento inicial, más allá del cual el espíritu humano tiene que detenerse, no encontrando ya por último el movimiento anterior: será, por ejemplo, la *atracción;* pero esta atracción ¿qué es sino un movimiento cuyas leyes conocemos, la intensidad y la dirección? Solo que ignoramos el por qué de ese movimiento, ignoramos lo que le ha precedido y producido.

Girando siempre en este círculo vicioso, se llega á la conclusión de que las tres cosas que encuentra el espíritu humano en los fenómenos de la naturaleza bruta, movimiento, móvil y motor, se reducen á una sola y única cosa: el *movimiento.*

Si de la naturaleza bruta ó inorgánica pasamos á la naturaleza viva, encontramos las *fuerzas vitales.* ¿Qué debemos pensar de ellas? Hablemos, desde luego, de los vegetales.

Todos los fenómenos de la vida vegetal son fenómenos de movimiento, composiciones y descomposiciones químicas, crecimiento, etcétera, que remontándose poco á poco, llegan á la radiación solar, es decir, á un movimiento de la materia bruta. Pero se dirá, estos movimientos se hacen en cierto orden, según ciertas leyes determinadas, variables, según cada especie; ¿no estamos, por lo tanto, obligados á admitir una fuerza directiva de esos movimientos, una fuerza vital, en fin, unida á la substancia vegetal? Pero, ¿no hay también leyes determinadas para la formación de cristales, y acaso no varía esta formación siguiendo la naturaleza del compuesto cristalino?

Si el hecho de los fenómenos, si su evolución regular son motivos para admitir fuerzas distintas, estas fuerzas debieran también admitirse para los cuerpos brutos como para los cuerpos vivos, puesto que sólo hay una pequeña diferencia de grado que explique bastante bien lo complejo de la molécula orgánica.

¿De dónde viene esa fuerza vital?

Existía en la semilla de la planta, y provenía de la planta madre; luego, esa fuerza se desprendió de otra fuerza como un fruto que se desprende del árbol. Después la planta crece, es decir, que esa fuerza actúa sobre las partes más ténues, para darles su forma y composición, sobre el conjunto para darle su unidad; esa planta produce infinidad de semillas, todas ellas provistas de vida; es decir, que ella se divide en una infinidad de fuerzas distintas que, fecundadas por el *polen*, dan nacimiento á nuevas plantas. Es forzoso, por consiguiente, admitir una segmentación de fuerzas, una división en partes de algo que no tiene extensión. ¿Qué idea nos formaremos de esas fuerzas? En fin, última dificultad. Muerta la planta ¿qué es de su fuerza vital? Por todos lados se tropieza con lo imposible, lo vago y la contradicción. Señores, ruego á ustedes tengan presente que me coloco por un momento en el punto de vista occidental, y que no hago sino repetir principalmente las palabras del ilustre Baunis. Como teosofistas, tenemos hermosas contestaciones á todas estas dudas.

De las fuerzas vegetales pasamos á la fuerza vital de los animales.

Igual dificultad encontramos que con los vegetales, y llegamos, por último, á los fenómenos de conciencia, á esas fuerzas á las cuales se ha dado, tratándose del ser humano, el nombre de alma, fuerzas personales, individuales, consideradas general como absolutamente, distintas de la materia.

Aquí se entra en un terreno peligroso, y el equívoco reina en absoluto.

Y es natural, pues sin el conocimiento previo de la división septenaria, es imposible dar un paso hacia adelante.

(Se continuará.)

EL PORVENIR

Aunque soy ciudadano americano, el país donde nací fué Irlanda, y respecto á lo que voy á decir, no se me podrá tachar de americanismo, porque por larga que fuese mi existencia, jamás podría ser un americano. Quizás convenga para esto, ya que no hay otro remedio, esperar hasta otra encarnación lejana.

Ahora bien; ó tenía razón H. P. Blavatsky en lo que decía acerca del porvenir de América en la *Doctrina Secreta*, ó se equivocaba. Si se engañaba, todo esto debe en tal caso desecharse, como una especulación inútil. Pero si acertó, deben entonces todos los Teosofistas que meditan, pesar y medir con cuidado, apropiarse mentalmente, y recordar siempre lo que significan sus palabras, así como las conclusiones á que conducen.

En las primeras páginas del tomo II, habla de cinco grandes Continentes:

Primero, la Tierra Sagrada Imperecedera (esta se halla en el Polo Norte, W. Q. J.); *segundo*, la Hiperbórea, de la que una parte se encuentra ahora en el Asia Septentrional; *tercero*, la Lemúria, sumergida tiempo ha, pero que ha dejado restos vivientes, islas, ó sean las cumbres de altas cordilleras; *cuarto*, la Atlántida, probablemente en el Océano Atlántico, cubierta ahora por las aguas, siendo quizás Tenerife y el Atlas los restos de aquélla; y el *quinto*, era América.

Por el examen de la obra y de las notas sacadas de aquí y de allá intercaladas en el texto, forzosamente se llega á la conclusión de que, si bien la América actual no es el Continente tal como *ha de ser algún día*, es una parte suya, y seguramente es ahora la cuna de la raza que ocupará en el porvenir el *sexto* Continente que para la sexta Gran Raza-Raíz surgirá de las aguas. ¿Dónde? Quizás cuando cataclismos tremendos hayan hecho pedazos la América actual, dejando aquí y allí grandes trozos de su parte occidental, saldrá del Océano Pacífico la gran masa del nuevo Continente, despertando de su largo sueño en el seno del mar.

Entonces habrá sido llamado con justicia *Pacífico* el grande y lejano Océano occidental, porque aquella Raza no se entregará á las contiendas, ni se hablará de guerras ó de su posibilidad, á causa de su proximidad á la séptima, cuya misión será alcanzar la perfección, apoderarse del Santo Graal.

Mirad la pág. 444 y siguientes del tomo II. En ellas leeréis que los americanos, durante un período de trescientos años tan sólo, se han convertido en una raza primaria, *pro tem.*, en una palabra, en los gérmenes de la sexta sub-raza que brotarán dentro de algunos siglos, produciendo á los heraldos de la que ha de suceder á la quinta sub-raza europea actual en todas sus cualidades distintivas. Entonces, después de unos 25.000 años, que como observaréis, representan un gran ciclo sideral, de una duración algo mayor que ese tiempo transcurrido, esa nueva raza se preparará para la séptima sub-raza. Sobrevendrán grandes cataclismos; desaparecerán regiones y pueblos enteros, los europeos en primer lugar, incluso las islas británicas — si no han desaparecido antes — y luego parte de América del Norte, asi como de la del Sur. ¡Qué pequeña y mezquina aparecerá entonces la herencia científica de los actuales sabios, grandes maestros en microbios hoy día, pero á quienes los de entonces considerarán como restos extraños del siglo XIX, cuando las gentes se cuenten unas á otras que, teniendo muchos de aquéllos la Verdad ante los ojos, se rieron de ella y apedrearon á sus apóstoles, entregándose á una danza fantástica mientras tanto, ante el altar de la materia invisible!

Parece que algún poder haya destinado el

Norte y Sur de América para cuna de una nueva raza-raíz primaria. Esos dos continentes eran evidentemente los centros de antiguas razas, y no de hombres salvajes. El Piel Roja, del continente septentrional, tiene toda la apariencia así como todas las creencias de una raza que en otra época fué grande: cree en un Dios, en un Devachán, donde le esperan cacerías felices después de la muerte. Algunas tribus poseen diagramas que explican cómo fué formado y poblado el mundo, y que de un modo admirable recuerdan la cosmogonía Hindu, y en sus tradiciones hallamos las huellas profundas de una época superior y más antigua. Continuando la exploración hacia el Sur, encontramos numerosas pruebas de una civilización anterior que desapareció con la oleada cíclica que la había traido.

La América Central abunda en ruinas de piedra y ladrillo; y avanzando aún más hacia el Sur, descubrimos iguales pruebas. En el transcurso del tiempo, esos continentes convirtiéronse en tierras laborables, por decirlo así, esperando la venida de los europeos.

Los españoles se extendieron por toda la América del Sur y colonizaron la California y Méjico; los ingleses, franceses y españoles, se apoderaron del Norte, y más adelante vinieron todas las naciones; así es que ahora, en ambos continentes, casi todas las razas están mezcladas, y aún siguen mezclándose. Hasta los chinos se han casado con mujeres de sangre europea; también se encuentran algunos hindos; la antigua raza Parsí tiene sus representantes: los españoles cruzáronse con los aborígenes, y los propietarios de esclavos con los africanos.

Es indudable que han pasado por América, en los últimos doscientos años, individuos de todas las razas conocidas, dejando tras de sí en los cruces, huellas indelebles de su sangre.

Pero no desaparecerán los últimos restos del quinto Continente, ó sea América, hasta que la nueva raza lleve algún tiempo de existencia. Para entonces una nueva Morada, el sexto Continente, habrá surgido de las aguas para recibir aquella juventud que nos dominará como dominamos á los pigmeos del África. Mas no existirá ya América tal como la conocemos hoy día. Sin embargo, esos hombres deben ser los descendientes de la raza que aquí se está desarrollando ahora.

De otro modo, nuestra filosofía sería falsa por completo. Así, pues, se está formando ahora en América la nueva sub-raza, y en este país fué fundada la Sociedad Teosófica: dos puntos de gran importancia. Observad que la mensajera de los Maestros vino á los Estados Unidos, aunque Europa se prestaba exactamente lo mismo para la empresa intentada.

Más tarde, aquella mensajera pasó á la India y luego á Europa, fijando su residencia en las Islas Británicas. Para nuestras reflexiones, todo esto es importante. ¿Por qué dió el primer impulso en América y el último en Inglaterra? A cualquiera se le podría ocurrir preguntar por qué no se hizo un esfuerzo á toda costa para dar el último impulso de un modo visible en la tierra de promisión donde dió principio á su obra.

No os imaginéis por un momento siquiera, ¡oh hermanos míos ingleses! que se decidió por Inglaterra, porque la atrajesen las bellezas de vuestra isla ó porque pensase al fin que no haber comenzado allí, había sido un error.

Todo ello obedeció á una necesidad estricta é imperiosa, y efecto de una sabiduría derivada de fuentes más antiguas que tienen á la vista el paso irresistible de los ciclos en su marcha. Lo más importante es el punto, el centro de fuerza de donde parte la gran energía, y no el lugar donde concluye. Y esto siempre es una verdad, por importante que sea en el plan, el lugar en que termina.

¿Acaso pensáis que la India no es tan importante? Y ¿no hubiese ofrecido, según toda apariencia, ese país mejores condiciones para dar principio al *magnum opus*? Los Adeptos no caen en semejantes errores.

(Se continuará.)

UNA VIDA ENCANTADA

(COMO LA REFIRIÓ UNA PLUMA)

POR

H. P. BLAVATSKY

(CONCLUSIÓN)

VII

LA ETERNIDAD EN UN CORTO SUEÑO

En aquellos días apenas podía darme cuenta, ni por un momento, de cómo podían existir tales absurdas creencias en ninguna clase de espíritus, ya fuesen buenos ó malos. Pero ahora comprendía, ya que no creía, lo que significaba dicho término, si bien aún persistía en suponer que al fin y al cabo todo ello no pasaría de ser algún desarreglo físico ó una alucinación nerviosa. Para fortificar más mi incredulidad, traté de traer á mi memoria todos los argumentos que había leído ú oído contra la creencia en semejantes supersticiones. Recordé los mordaces sarcasmos de Voltaire, el razonar tranquilo de Hume, y me repetía hasta la saciedad las palabras de Rousseau, quien decía que la superstición, «el perturbador de la Sociedad», no podía ser nunca atacado con demasiada violencia. ¿Porqué ha de afectarnos en modo alguno — argüía yo — la vista, ó mejor dicho, la fantasmagoría de lo que, cuando nos hallamos en estado de vigilia, sabemos que es falso? ¿Por qué

> «Nombres cuyo sentido no vemos,
> Han de asustarnos con cosas que no son?»

Un día el anciano capitán nos relataba varias supersticiones propias de los marineros, y un pedante misionero inglés hizo la observación de que Fielding había declarado hacía tiempo que la «superstición vuelve estúpido al hombre»; después de lo cual, vaciló un momento, y se detuvo bruscamente. Yo no había tomado parte alguna en la conversación general, pero apenas había el reverendo concluído de citar la frase, cuando ví en la radiación de la luz vibrante, que yo notaba ahora casi constantemente sobre todas las cabezas humanas que había en el buque, las palabras con que concluía aquella proposición de Fielding: «y *el escepticismo lo vuelve loco.*»

Yo había oído hablar y había leído las afirmaciones de los que pretenden ser clarividentes, de que ven á menudo los pensamientos de la gente, trazados en el aura de los presentes. ¡Sea lo que quiera lo que signifique el «aura» para los demás, yo tenía ahora la experiencia personal de la verdad de tales afirmaciones, y me sentí excesivamente disgustado con este descubrimiento! ¡Yo un *clarividente!* He aquí un nuevo horror añadido á mi vida, un don absurdo y ridículo desarrollado, que tengo que ocultar de los demás, sintiéndome avergonzado de ello como si se tratara de un caso de lepra. En este momento mi odio contra el Yamabooshi y hasta contra mi venerable amigo el Bonzo, no tuvo límites. El primero había tocado, sin duda alguna, con sus manipulaciones conmigo, mientras yo permanecía inconsciente, algún resorte fisiológico de mi cerebro, y al soltarlo, había hecho manifestar una facultad generalmente oculta en la constitución humana; ¡y el sacerdote japonés fué el que introdujo á aquel miserable en mi casa!

Pero mi cólera y mis maldiciones eran también inútiles y no me servían de nada. Por otro lado, estábamos ya en aguas europeas, y en unos cuantos días, estaríamos en Hamburgo. Entonces, mis dudas y temores cesarían, y encontraría, con gran consuelo mio, que aun cuando la clarividencia pudiera te-

ner algo de verdad en sí, con respecto á leer los pensamientos de personas presentes, el ver tales cosas á distancia, como yo había *soñado*, era imposible para las facultades humanas. Sin embargo, á pesar de todos mis razonamientos, mi corazón estaba atemorizado y poseído de los más negros presentimientos: *sentía* que mi condenación estaba próxima. Sufría terriblemente, haciéndose más intensa cada día mi postración nerviosa y mental.

La noche antes de entrar en el puerto, tuve un sueño.

Me figuraba que estaba muerto. Mi cuerpo yacía frío y rígido, á la vez que su moribunda conciencia, que aún se consideraba como «Yo», dándose cuenta del suceso, se preparaba á su propia extinción algunos segundos más tarde. Había creído siempre que, como el cerebro conservaba el calor más tiempo que ninguno de los demás órganos, y era el último en perder su actividad, el pensamiento sobrevivía en él á la muerte del cuerpo durante algunos minutos. Por tanto, no me sorprendió en lo más mínimo el ver en mi sueño que mientras la forma había cruzado ya la tenebrosa sima, «que ningún mortal vuelve á pasar», su conciencia se hallaba todavía en el obscuro crepúsculo, ó primeras sombras del gran Misterio. Así, pues, mi pensamiento envuelto, según yo creía, en los restos de una vitalidad que rápidamente se iba extinguiendo, observaba con curiosidad ansiosa ó intensa la aproximación de su propia disolución, esto es, de su *aniquilamiento*. El «Yo» se apresuraba á tomar nota de mis ultimas impresiones, para que el negro manto del olvido eterno no me envolviese antes de haber tenido tiempo de sentir y *gozar* del triunfo grande y supremo de saber que las convicciones de toda mi vida eran verdad, de que la muerte es una cesación completa y absoluta del ser consciente. A cada momento que transcurría, todo se iba obscureciendo más y más á mi alrededor. Enormes sombras obscuras se movían ante mi vista, primeramente con lentitud y después con movimiento acelerado, hasta que comenzaron á dar vueltas con una rapidez casi vertiginosa. Luego, como si este movimiento hubiese tenido lugar sólo con el objeto de condensar la obscuridad, una vez esto alcanzado, mermó su rapidez y cesó completamente, cuando la obscuridad se transformó gradualmente en un negro intenso. Ahora no había al alcance de mi inmediata percepción más que un espacio vacío ó insondable, tan negro como un pozo: á mí me parecía tan ilimitado y silencioso como el Océano sin orillas de la Eternidad, en el cual el tiempo, progenie del cerebro del hombre, se desliza siempre, pero sin poderlo cruzar nunca.

Los sueños, según Catón, son «la imagen de nuestras esperanzas y temores.» No habiendo temido jamás á la muerte en estado de vigilia, me sentía en este sueño sereno y tranquilo ante la idea de mi fin inmediato. A decir verdad, me sentía más bien consolado ante el pensamiento — probablemente debido á mi reciente sufrimiento mental — de que el fin de todo, de la duda, del temor por aquéllos que amaba, del sufrimiento y de toda clase de ansiedades, estaba muy próximo.

La angustia constante que roía mi contristado y dolorido corazón durante tantos y tan largos meses, se había hecho ya insoportable; y si, como Séneca dice, la muerte no es sino «el cesar de ser lo que éramos antes», era mejor morir. El cuerpo está muerto; «Yo», su conciencia, es todo lo que queda ahora de mí por algunos momentos más, preparándose á seguirlo. Las percepciones mentales se debilitarán, se harán más confusas y nebulosas á cada segundo, hasta que el deseado olvido me envuelva por completo en su fría mortaja. Dulce es la mágica mano de la muerte; gran consoladora del Universo; profundo y sin ensueños es el sueño en sus brazos que jamás se rinden. Sí, en verdad, es un huésped bien venido..... Un puerto de paz y de calma en medio de las tormentosas olas del Océano de la vida, cuyas rompientes baten en vano las orillas de la Muerte. Dichosa la barca solitaria que flota en las tranquilas aguas de su negro golfo, después de haber sido sacudida por tanto tiempo y tan cruelmente por las encrespadas olas de la vida. Allí, anclada para siempre, sin nece-

sitar ya más ni vela ni remo, mi barca encontrará ahora el reposo. Bien venida seas, pues, ¡oh Muerte! á costa de este precio tentador; y tú, pobre cuerpo, adiós; no habiendo buscado ni obtenido placeres por su medio, lo abandono ahora gustoso.

Mientras yo entonaba este canto de muerte á la forma postrada ante mí, me incliné sobre ella y la examiné con curiosidad. Sentíame oprimido por la obscuridad que reinaba en torno mío, pesando sobre mí de una manera casi tangible, y me figuré ver en ella la aproximación del libertador á quien daba la bienvenida. Y sin embargo..... ¡qué cosa más extraña! Si la Muerte verdadera y final tiene lugar en nuestra Conciencia; si después de la muerte del Cuerpo «Yo» y mis percepciones conscientes hacen sólo uno—¿cómo es que estas percepciones no se debilitan, y por qué mi acción *cerebral* parece tan vigorosa como siempre ahora..... que de hecho estoy muerto?..... Ni tampoco el sentimiento habitual de la ansiedad, «la opresión de corazón», llamada así, decrece en intensidad; más aún, hasta parece que se hace peor..... de manera indecible!..... ¡Qué tiempo necesita el completo olvido para llegar!..... ¡Ah, he aquí mi cuerpo otra vez! ..... Desvanecido ante mi vista durante uno ó dos segundos, reaparece nuevamente delante de mí..... ¡Qué blanco y cadavérico parece! Sin embargo..... su cerebro no puede estar del todo muerto, puesto que «Yo», su conciencia, actúo aún; puesto que ambos nos figuramos vivir y pensar todavía, sin estar en conexión con su Creador ni con sus células.

De repente sentí un violento deseo de ver cuánto tiempo más duraría el proceso de disolución, antes de que este pusiese su último sello en el cerebro, haciéndolo inactivo. Examiné la cavidad de mi cerebro al través de las para mí transparentes paredes del cráneo, y hasta *toqué la materia cerebral.....* Cómo *ó con qué manos,* no puedo decirlo; pero la impresión de la materia viscosa é intensamente fría, me produjo en aquel sueño una profundísima impresión. Con gran terror mío encontré que, habiéndose la sangre coagulado completamente, y habiendo los mismos tejidos cerebrales sufrido un cambio, este estado no podía ya permitir ninguna acción molecular, y se me hacía imposible el explicar el fenómeno que tenía lugar conmigo. Aquí me hallaba yo—ó mi conciencia, lo que es todo uno—permaneciendo sin conexión alguna aparente con mi cerebro, que no podía ya funcionar..... Pero no tuve más tiempo para seguir reflesionando. Un nuevo cambio de los más extraordinarios había tenido lugar en mis percepciones, absorbiendo ahora toda mi atención..... ¿Qué *es* lo que esto significa?

La misma obscuridad que antes me rodeaba, un espacio negro é impenetrable extendiéndose en todas direcciones. Solo que ahora, precisamente enfrente de mí, en cualquiera dirección que mirase, moviéndose á la par que yo me movía, había un gigantesco reloj circular, un disco cuya cara enorme y blanca se destacaba de una manera siniestra sobre el obscuro marco de ébano que lo rodeaba. Al mirar aquel enorme disco y la péndola que se movía con regularidad y lentamente de uno á otro lado en el Espacio, como si su balanceo quisiese dividir la eternidad, noté que sus agujas señalaban *las cinco y siete minutos,* la hora en que había empezado mi tortura en Kioto. Apenas había yo tenido tiempo de fijarme en esta coincidencia, cuando con horror indescriptible me sentí pasar por el mismo é idéntico procedimiento que había experimentado en Kioto, en aquel día memorable y fatal. Nadé por debajo del suelo, precipitándome velozmente al través de la tierra. Me encontré otra vez en la tumba del mendigo, y reconocí á mi cuñado en los restos despedazados que allí veía; presencié su terrible muerte, entré en la casa de mi hermana, contemplé su agonía y la ví volverse loca. Pasé por todas estas escenas sin perder un sólo detalle de las mismas. Pero ¡ay! no estaba entonces acorazado con aquella tranquila indiferencia que en la primera visión me había hecho tan insensible á mi gran infortunio, como si hubiese sido un pedazo de roca sin entrañas. Mis torturas mentales se hacían ahora indescriptibles é insoportables. Hasta la desesperación continua, y la ansiedad incesante que experimentaba de una manera

constante despierto, eran ahora en mi sueño, y ante esta repetición de visiones y sucesos, como una hora de sol obscurecido comparada con un ciclón de muerte.

¡Oh! ¡Cómo sufrí en medio de este cúmulo y exuberancia de horrores infernales, á los cuales la convicción de que sobrevive la conciencia del hombre después de la muerte — pues en este sueño creía yo firmente que mi cuerpo estaba muerto — añadía el más terrorífico de todos!

No duró mucho el alivio relativo que sentí, cuando, después de haber pasado por la última escena, vi otra vez delante de mí la grande y blanca esfera del reloj. La enorme aguja en forma de flecha señalaba en el disco colosal *las cinco y siete minutos y medio*. Pero antes de que hubiera tenido tiempo de darme cuenta exacta de este cambio, la aguja empezó á moverse lentamente hacia atrás, se detuvo precisamente en el séptimo minuto, y ¡oh destino maldito!..... me sentí otra vez conducido á la repetición de la misma serie de horrores. Nuevamente nadé por debajo del suelo, y ví, oí y sufrí todas las torturas que el infierno puede proporcionar. Volví á ver el reloj fatal y su aguja — después de lo que á mí me pareció una eternidad — que, como anteriormente, sólo había avanzado medio minuto. Renovóse mi terror al observar que la aguja retrocedía, y me sentí impulsado de nuevo hacia adelante. Y así se continuó una, y otra, y otra vez en una serie, al parecer interminable, que nunca había tenido principio y que jamás tendría fin.

Y lo que era lo peor, mi conciencia, mi «Yo», había adquirido aparentemente la cualidad fenomenal de triplicarse, cuadruplicarse y hasta decuplicarse. Yo vivía, sentía y sufría, en el mismo espacio de tiempo, en media docena de sitios á la vez, pasando por varios sucesos de mi vida, en diferentes épocas y en las circunstancias más distintas, pero predominando sobre todas mi experiencia *espiritual* en Kioto. Así como en la famosa *fuga del Don Giovani* las notas desgarradoras en el ária de desesperación de Elvira, se destacan sobre todas, sin que por esto intervengan ni se confundan en modo alguno con la melodía del minuet, ni con el canto de seducción, ni con el coro, de la misma manera pasé una y otra vez por aquellas angustias y sentimientos de agonía indescriptibles ante los horribles espectáculos de mis visiones, cuya repetición no mermaba en lo más mínimo ninguna de las congojas de mi desesperación y de mi horror; ni tampoco estos sentimientos debilitaban en nada el sufrimiento de otras escenas, sin relación alguna con las primeras, por las que á la vez pasaba, sin que interviniesen para nada las unas en las otras. Era una experiencia enloquecedora, una serie de vívidas fantasmagorías mentales de la vida real. Allí, durante el mismo medio minuto de tiempo examinaba con fría curiosidad los mutilados restos del esposo de mi hermana; seguía con la misma indiferencia los efectos de la noticia en su cerebro, como en mi primera visión en Kioto, y *al mismo tiempo* sentía una tortura infernal por estos mismos sucesos, como cuando volví al estado de vigilia. Oía los discursos filosóficos del Bonzo, comprendiendo cada una de sus palabras, y trataba de reirme de él con escarnio. Fuí de nuevo un niño, después un adolescente, y escuchaba las voces de mi madre y de mi hermana amonestándome y enseñándome mis deberes para con todos los hombres. Salvaba á un amigo que se estaba ahogando, y me burlaba de su padre que me daba las gracias por haber salvado un «alma» no preparada aún para rendir cuentas á su Hacedor.

¡Hablad de conciencia *dual* vosotros los psicofisiólogos!--exclamé en uno de aquellos momentos en que la agonía mental, y á lo que á mí me parecía, también física, había llegado á un grado de intensidad tal, que hubiera bastado á matar una docena de hombres;— ¡hablad de [illegible] experimentos psicológicos y fisiológi[illegible]cos, hombres de ciencia, henchidos de [illegible]dlo y hartos de lecturas de libros! Aquí estoy para desmentiros..... Y ahora leía yo las obras y sostenía conferencias con los sabios profesores y académicos que me habían conducido á mi fatal excepticismo. Y mientras que argüía la imposibilidad de la conciencia una vez divorciada del

cerebro, derramaba lágrimas de sangre sobre el supuesto horroroso destino de mis sobrinos. Pero lo más terrible de todo era que yo sabía, *como únicamente lo puede saber una conciencia en libertad*, que todo lo que había visto en mi visión en el Japón, y todo lo que estaba ahora viendo y oyendo una y otra vez, era verdad en todos sus puntos y detalles, era una larga cadena de hechos tan horrendos y terribles como reales y verdaderos.

Quizás era ya la centésima vez que fijaba mi atención en las agujas del reloj; había perdido ya la cuenta de mis vueltas y estaba llegando á la certidumbre de que jamás tendrían fin, de que la conciencia es, después de todo, indestructible, y de que éste era mi castigo en la Eternidad. Por experiencia propia había principiado á darme cuenta exacta de cómo deben sentir los pecadores condenados—«¿no es la condenación eterna una imposibilidad lógica y matemática en un Universo siempre progresivo?»—objetaba yo haciendo un último esfuerzo. Sí, verdaderamente; en esta hora de mi siempre progresiva agonía, mi conciencia—ahora sinónimo de mi «Yo»—tenía todavía el poder de rebelarse contra ciertas afirmaciones teológicas, de negar todas sus proposiciones, todas, menos la del *Yo inmortal*..... No; ya no negaba la naturaleza independiente de mi conciencia, pues ahora sabía que existía. ¿Pero es *eterna*? ¡Oh, tú, incomprensible y tremenda Realidad! Y si eres eterna, ¿quién eres entonces, puesto que no hay deidad, ni hay Dios? ¿De dónde vienes y cuándo apareciste por primera vez, si no eres una parte del cuerpo helado que allí yace? ¿Y á dónde me conduces á mí que soy tú mismo, y tendrán un fin nuestro pensamiento y nuestra imaginación? ¿Cuál es tu nombre verdadero, tú, insondable Realidad é impenetrable Misterio? ¡Oh! te aniquilaría.....—«¡Visión—Alma!»—¿quién habla de Alma, y de quién es esta voz?..... Dice que ahora veo por mí mismo que hay tal alma en el hombre después de todo..... Lo niego. Mi Alma, mi Alma vital, ó el espíritu de vida ha expirado con mi cuerpo, con la materia gris de mi cerebro. Este «Yo» mío, esta conciencia no se ha probado todavía que sea eterna. La Reencarnación, en la que el Bonzo estaba tan ansioso que yo creyese, puede ser verdad..... ¿Por qué no? ¿No nace la flor año tras año de la misma raíz? De aquí que este «Yo», una vez separado de su cerebro, perdido su equilibrio, y produciendo tal hueste de visiones...... antes de reencarnar.....

Me encontré otra vez frente á frente del reloj inexorable y fatal. Y cuando estaba observando sus agujas, oí la voz del Bonzo saliendo de las profundidades de su blanca esfera, que decía: «En este caso me temo *que tendréis que abrir y cerrar la puerta del templo una y otra vez durante un período que por más corto que sea, os parecerá una eternidad*».....

El reloj desapareció, la obscuridad hizo lugar á la luz, la voz de mi anciano amigo fué ahogada por una multitud de voces que sonaban sobre mi cabeza en la cubierta, y me desperté en mi litera, cubierto de un sudor frío y desvanecido de terror.

VIII

UNA NARRACIÓN DE DESGRACIAS

Estábamos en Hamburgo, y tan pronto como hube visto á mis socios que apenas pudieron reconocerme, partí para Nüremberg, después de obtener su consentimiento, y acompañado de sus buenos deseos.

Media hora después de mi llegada, la última duda respecto de la veracidad de mi visión había desaparecido. La realidad era peor que todo cuanto mis temores hubiesen imaginado, y en adelante estaba condenado á la vida más desolada. Tuve la seguridad de que había visto la terrible tragedia con todos sus desgarradores detalles. Mi cuñado destrozado por las ruedas de la máquina, mi hermana loca y aproximándose rápidamente á su fin; mi sobrina, la tierna flor de la obra más acabada de la Naturaleza, deshonrada y en un antro de infamia; los niños menores muertos de una enfermedad contagiosa en un asilo de huérfanos; mi único sobrino que sobrevivía, embarcado y sin saber nadie en

dónde estaba. Toda una familia, una casa de paz y de amor deshecha, quedando yo tan sólo como testigo de este mundo de desolación, de muerte y deshonra. Aquellas noticias me llenaron de desesperación infinita y me sentí abrumado bajo el peso del horrendo desastre, cuya realidad tocaba yo repentinamente. El choque era demasiado fuerte, y caí desvanecido. Lo último que oí antes de perder por completo el conocimiento, fué esta nota del Burgomaestre:

«Si antes de partir de Kioto hubiéseis telegrafiado á las autoridades de la ciudad, notificando vuestra residencia y vuestra intención de venir á vuestro país, para haceros cargo de vuestros jóvenes parientes, hubiéramos podido colocarlos en alguna otra parte, salvándolos así de su destino. Nadie sabía que los niños tuviesen ningún pariente que gozase de buena posición. Quedaban como mendigos, y por tanto tenían que ser tratados como tales. Eran relativamente forasteros en Nüremberg, y bajo tales desgraciadas circunstancias no podíais esperar otra cosa..... ni puedo hacer más que expresaros mi sincero pesar por lo sucedido.»

Este conocimiento terrible de que hubiera podido, en todo caso, salvar á mi joven sobrina de su inmerecida desgracia, cosa que no había hecho por mi abandono, era lo que me estaba matando. Si yo hubiese seguido el amistoso consejo del Bonzo Tamoora y hubiera telegrafiado á las autoridades algunas semanas antes de mi regreso, mucho hubiera podido evitarse. Todo esto unido al hecho de que no podía dudar por más tiempo de la clarividencia y clariaudiencia, cuya posibilidad había negado por tanto tiempo, fué la causa de mi rápido desvanecimiento. Yo podía evitar la censura de los demás hombres, pero no podía escapar jamás al aguijón de mi conciencia ni á los reproches de mi dolorido corazón ¡no, nunca mientras viviera! Maldije mi pertinaz excepticismo, mi negación de los hechos, mi temprana educación, me maldije á mi mismo y al mundo entero.....

Durante algunos días conseguí no caer bajo el peso de mi infortunio, pues tenía un deber que cumplir para con los muertos y los vivos. Pero una vez que hube conseguido sacar á mi hermana del asilo de mendigos y tener la hija á su lado para atenderla en sus últimos momentos, y una vez metida en la cárcel la judía á quien había obligado á confesar su crimen, mi valor y mis fuerzas me abandonaron de repente. Una semana escasa después de mi llegada, me hallaba convertido en un loco delirante, cogido por la fuerte garra de una fiebre cerebral. Durante algunas semanas estuve fluctuando entre la vida y la muerte; tan terrible era la dolencia que desafiaba la habilidad de los mejores médicos. Por fin venció mi vigorosa constitución y, con pesar de toda mi vida, declararon que estaba salvado.

Escuché la noticia, sangrándome el corazón. Condenado á llevar sólo el aborrecible peso de la vida en adelante y presa de un remordimiento perenne, sin esperanza de ayuda ni de remedio en la tierra, y rehusando creer todavía en la posibilidad de ninguna otra cosa más que en una corta supervivencia de la conciencia más allá de la tumba, este inesperado regreso á la vida no hizo más que añadir una gota de hiel á mis amargos sentimientos que fueron aún aumentados por la vuelta inmediata, durante los primeros días de mi convalecencia de aquellas involuntarias visiones, cuya verdad y realidad no podía ya negar. ¡Ay qué día! ya no eran para mi mente excéptica y ciega

«Los hijos de un cerebro ocioso,
Concebidos por la vana fantasía»;

sino siempre la fiel fotografía de las desgracias y sufrimientos reales de mis semejantes, de mis mejores amigos..... Así me ví condenado, siempre que por un momento me quedaba solo, á la tortura desesperada de un Prometeo encadenado. Durante las tranquilas horas de la noche, como cogido por una despiadada mano de hierro, me veía conducido á la cabecera de la cama de mi hermana, forzado á observar y á ver hora tras hora la silenciosa desintegración de su organismo gastado; á presenciar y sentir los sufrimientos que un cerebro deshabitado no podía ya reflejar ó transmitir á sus percepciones. Pero había algo todavía más terrible para hacer

mayor el tormento causado por aquel dardo que no podía ser nunca extraído. Tenía que mirar durante el día el rostro inocente é infantil de mi joven sobrina tan sublimemente sencilla y pura en su profanación; y presenciar por la noche como el completo conocimiento y recuerdo de su deshonra, de su juventud para siempre marchitada, le venía en sus sueños tan pronto como se hallaba dormida. Estos sueños tomaban para mí una forma objetiva, como me había sucedido en el vapor; tenía que experimentarlos nuevamente, noche tras noche, y sentir la misma terrible desesperación. Pues ahora, desde que creía en la realidad de la clarividencia, y había llegado á la conclusión de que esta yace latente en nuestro cuerpo, como en la oruga la crisálida que á su vez puede contener la mariposa—el símbolo del alma,—ya no permanecía indiferente como antes á lo que presenciaba en mi vida psíquica. Algo se había desarrollado repentinamente en mí, algo se había echado fuera de su helado capullo. Evidentemente no veía sólo por consecuencia de la identificación de mi naturaleza interna con un *Daij-Dzin;* mis visiones eran causadas por un desarrollo personal psíquico directo, y aquellas infernales criaturas sólo se cuidaban de que yo no pudiese ver nada agradable ó de naturaleza elevada. De este modo, ahora, ni un sólo tormento inconsciente del cuerpo demacrado y moribundo de mi hermana, ni un sólo estremecimiento de horror de los sueños intranquilos de mi sobrina, al recuerdo del crimen cometido con ella, niña inocente, dejaba de encontrar un eco en mi corazón traspasado de dolor. La fuente inagotable de amor y de pesar simpático había fluído fuera del corazón físico, y era ahora repercutida fuertemente por el alma despierta separada del cuerpo. ¡Así tuve que agotar la copa del sufrimiento hasta las mismas heces! ¡Desgraciado de mí! Era una tortura constante de día y de noche. ¡Oh! Cómo lamentaba yo mi necio orgullo; cómo fuí castigado por no haberme aprovechado en Kioto de la purificación ofrecida, pues ahora había llegado á creer hasta en la eficacia de esta última. El Daij-Dzin había verdaderamente llegado á dominarme, y aquel demonio había soltado á todas las furias del infierno sobre su víctima.....

Al fin, el terrible golfo fué cruzado. La pobre martir loca cayó en su obscura y bienvenida tumba, dejando tras sí, aunque sólo por pocos meses, á su primera hija. La tisis concluyó pronto con està tierna naturaleza. Un año escaso después de mi llegada, me hallé sólo en este mundo, pues mi único sobrino que sobrevivía, expresó el deseo de seguir en su carrera de marina.

Y ahora poco falta para llegar al fin de mi triste, tristísima historia. Yo era un anciano prematuro, pareciendo á los treinta años de edad, como si hubiesen pasado sesenta inviernos sobre mi condenada cabeza, y debido á mis incesantes visiones y al encontrarme diariamente al borde de la locura, tomé repentinamente una resolución desesperada. Dirigirme de nuevo á Kioto y buscar al Yamabooshi para postrarme á los pies de aquel santo varón y no abandonarle hasta que hubiese alejado de mí al espíritu infernal que había evocado, y del cual fuí yo mismo quien no quiso separarse entonces, por causa de mi orgullo insolente y de mi incredulidad.

Tres meses después me encontraba otra vez en mi casa japonesa, y en seguida busqué á mi anciano y venerable Bonzo Tamoora Hideyeri, á quien supliqué que me condujese sin pérdida de tiempo al Yamabooshi, causa inocente de mis diarios tormentos. La contestación que me dió puso el último y supremo sello sobre mi sentencia, y acrecentó considerablemente la intensidad de mi desesperación. El Yamabooshi había dejado el país marchando no se sabía adónde. Había partido una mañana para el interior en peregrinación, y según la costumbre, estaría ausente, á menos que la muerte no acortase el período, ¡nada menos que siete años!.....

En vista de este desgraciado contratiempo, fuí á pedir ayuda y protección á otros sabios Yamabooshis, y aunque sabía bien cuán inútil era en mi caso el buscar cura eficaz de otro «adepto», mi excelente y anciano amigo hizo todo cuanto pudo para remediar mi infortunio. Pero todo fué inútil, y no era posible li-

brarme del gusano gangrenoso que constituía la desesperación de mi vida.

Supe por ellos que ni uno sólo de estos sabios podía prometerme el aliviarme totalmente de la obsesión del demonio de la clarividencia. Sólo aquél que evocó á ciertos Daij-Dzins apelando á ellos para enseñar el futuro, ó cosas que ya habían pasado, era quien tenía un dominio completo sobre ellos. Con una bondadosa simpatía que había aprendido ahora á apreciar, aquellos santos varones me invitaron á que me uniese al grupo de sus discípulos, para aprender de ellos lo que podía hacer por mí.

Sólo la voluntad y la fe en los poderes de vuestra propia alma es la que puede ayudaros ahora—me dijeron;—pero puede que necesitéis varios años para remediar aunque no sea sino una parte de un daño semejante. Un *Daij-Dzin* puede ser fácilmente desalojado en un principio, pero si se le deja, toma posesión de la naturaleza del hombre, y se hace casi imposible desarraigar á este ser infernal, sin matar á su víctima.

Persuadido de que no había para mí otro remedio que intentar, consentí agradecido, haciendo cuanto podía para creer en todo lo que aquellos santos varones creían, pero sin embargo, no haciéndolo así con el corazón. El demonio de la incredulidad y de la negación de todo parecía arraigado en mí de una manera aún más firme que lo estaba el Daij-Dzin. No obstante, hice todo cuanto pude, pues estaba decidido á no perder mi última probabilidad de salvación. Por tanto, procedí sin pérdida de tiempo á libertarme del mundo y de mis obligaciones comerciales, á fin de poder vivir por varios años de una manera independiente. Arreglé mis cuentas con la casa comercial de Hamburgo, y rompí mis relaciones con la misma. Apesar de las considerables pérdidas financieras que me resultaron de una liquidación tan precipitada, me encontré al cierre de cuentas que era un hombre mucho más rico de lo que había pensado. Pero las riquezas ya no tenían ningún atractivo para mí desde el momento que me encontraba sin nadie con quien compartirlas, y sin nadie para quien trabajar. La vida se me había vuelto una carga; y era tal mi indiferencia por el porvenir, que al dejar toda mi fortuna á mi sobrino—en caso de que regresase con vida de su viaje — hubiera descuidado el dejar una pequeña parte para mí, si mi socio japonés no hubiese tomado cartas en el asunto é insistido en que tal hiciera. Yo reconocía entonces con Lav-tze, que el conocimiento era el único punto de apoyo firme de que puede un hombre fiarse, pues es el único que no puede ser destruído por contratiempo alguno. La riqueza es una debil ancla en los días de infortunio, así como el amor propio es el consejero más fatal. Por esto seguí el consejo de mis amigos y puse á un lado una modesta cantidad que fuera suficiente á asegurarme una pequeña renta por la vida, si alguna vez dejaba á mis amigos y maestros. Habiendo arreglado así mis cuentas mundanas y después de disponer de lo que me pertenecía en Kioto, me reuní con los «Maestros de la Gran Visión» quienes me llevaron á su retiro misterioso. Allí permanecí por varios años estudiando con ahínco en la más completa soledad, y no viendo á nadie más que á unos cuantos miembros de nuestra comunidad religiosa.

Muchos son los misterios de la Naturaleza que desde entonces he sondeado, y muchos son los volúmenes secretos que devoré de la biblioteca de Tzion-ene, obteniendo así dominio sobre varias clases de seres invisibles de orden inferior. Pero el gran secreto del poder sobre los terribles Daij-Dzins no pude obtenerlo, puesto que es el privilegio de un número muy limitado de los más altos iniciados en Lao-tze, ignorando la gran mayoría de los mismos Yamabooshi la manera de obtener un dominio semejante sobre este peligroso Elemental. Para poder alcanzar tal poder dominador, se necesita llegar ó identificarse completamente con los Yamabooshis, aceptar sus opiniones y creencias y alcanzar el más alto grado de iniciación. Como es natural, no fuí considerado á propósito para pertenecer á la Hermandad, siendo esto debido á muchas causas insuperables, además de mi escepticismo congénito y recalcitrante, á pesar de que hacía cuanto podía por creer.

Así, aliviado en parte de mi padecimiento, y habiendo aprendido á conjurar las malhadadas visiones, sin embargo, era todavía impotente y lo soy hasta el presente, para impedir sus apariciones forzosas ante mí de vez en cuando.

Después de convencerme de mi ineptitud para la condición sublime de un Vidente y Adepto independiente, desistí á pesar mío de continuar trabajando en este sentido. Nada se había vuelto á saber de aquel santo varón, primera causa inocente de mi desgracia; y el mismo anciano Bonzo que alguna que otra vez me visitaba en mi retiro, no podía ó no quería darme noticia alguna sobre el Yamabooshi. Por tanto, cuando tuve que abandonar toda esperanza de librarme de mi dón fatal, me determiné á regresar á Europa para abismarme en la soledad durante el resto de mi vida. Con este fin compré por conducto de mis antiguos socios el *chalet* suizo en que mi desgraciada hermana y yo nacimos, y donde yo había crecido bajo su cuidado, destinándolo á ser mi futura ermita.

Al decirme adiós para siempre á bordo del vapor que debía conducirme á mi madre Patria, el buen anciano Bonzo trató de consolarme de mi decepción.

—Hijo mío — me dijo — considerad como vuestro *Karma*, ó justa retribución todo lo que os ha sucedido. Ninguno que se haya sometido voluntariamente al poder de un *Daij-Dzin*, puede esperar nunca el llegar á ser un *Rahat* (Adepto), un Yamabooshi de alma elevada, á menos de ser purificado inmediatamente. A lo sumo, como os sucede, puede llegar á oponerse y á luchar con éxito contra este ser infernal. *Lo mismo que la cicatriz de una herida venenosa, la marca de un Daij-Dzin no puede borrarse nunca del Alma hasta que haya sido purificada por un nuevo nacimiento.* Por tanto, no os desalentéis, antes al contrario, permaneced animoso en vuestra desgracia, puesto que ella os ha conducido á adquirir verdaderos conocimientos y á aceptar muchas verdades que de otro modo hubiéseis rechazado con desprecio. Y de este inapreciable conocimiento, adquirido por medio del sufrimiento y del esfuerzo personal, no os podrá nunca despojar ningún *Daij-Dzin*. «Adiós, pues, y que la Madre de Misericordia, la gran Reina del Cielo, os conceda consuelo y protección.»

Nos separamos, por fin, y desde entonces he llevado la vida de un anacoreta en constante soledad y en el estudio. Aunque alguna vez me veo molestado por mis visiones, no me pesan los años que he pasado bajo las instrucciones de los Yamabooshis, antes bien, me siento agradecido por lo que me han enseñado. Del sacerdote Tamoora Hindeyeri, siempre pienso con sincero cariño y con respeto, y mantuve con él una ordenada correspondencia hasta el día de su muerte, suceso que con todos sus detalles, tan dolorosos para mí, tuve el triste privilegio de presenciar al través de los mares, en el preciso momento en que tenía lugar.

NECROLOGÍA

Nuestros queridos hermanos Melián, acaban de sufrir una cruelísima pérdida en la persona de su hija Enriqueta, preciosa niña de siete años de edad que les fué arrebatada después de una cortísima enfermedad. Nuestros hermanos, en tan horrible trance, han probado una vez más lo que pueden las creencias cuando éstas se hallan arraigadas en nuestro corazón. Si grandísimo es el dolor que les aflige, admirable es igualmente la resignación que demuestran ante los designios de la Ley de Karma. Sólo la convicción profunda de la Justicia Eterna que rige al Universo, y la fe en nuestros Maestros, podrán ayudar á nuestros hermanos á soportar tan dura prueba.

La Rama de Madrid se asocia unánime á esa desgracia, como todos nuestros hermanos en España.

La Redacción.

MOVIMIENTO TEOSÓFICO

España.

Recordamos á nuestros hermanos que la Convención Anual Teosófica tendrá lugar en Londres los días 6 y 7 de Julio próximo.

Varios de nuestros hermanos representarán personalmente á las Ramas Españolas en dicha Convención, que según nuestras noticias, revestirá gran importancia.

Nueva Zelandia.

Auckland.

Abril 3, 1893.

Durante el mes pasado, la Teosofía ha dado un gran paso. El interés por sus doctrinas ha aumentado de modo considerable.

Aparte de los *meetings* que ahora tienen lugar semanalmente, Mr. W. H. Draffin, M. S. T., dió una conferencia sobre «*Madame Blavatsky y los Mahâtmâs*». Terminada aquélla, inicióse un debate muy animado, particularmente acerca de los Mahâtmâs, su existencia, lugar en que se encuentran, sus poderes, etc.

Un numerosísimo público llenaba la sala por completo. El número de Miembros de este Centro se eleva á 23.

El domingo próximo tomará la palabra Miss Edger en el City Hall, desarrollando el tema «*La Religión y la Teosofía*». Este edificio puede contener más de 2.000 personas, y contamos con una numerosa asistencia.

América.

La Teosofía en la Exposición Universal de Chicago.

Septiembre 15-16, 1893.

AVISO Á LOS MIEMBROS DE LA S. T.

Bastantes meses antes de Abril, 1893, el Secretario general de la Sección Americana de la Sociedad Teosófica, junto con Mr. E. Wright, Presidente de la Rama de Chicago de la S. T., trataron de obtener se asignase un puesto á la Sociedad en el PARLAMENTO DE LAS RELIGIONES, á fin de representar en el mismo á la Teosofía; mas no pudo conseguirse hasta el momento en que precisamente iba á tener lugar la séptima Convención Anual de la Sección Americana, los días 23 y 24 de Abril de 1893.

Mr. E. Wright trató de este importante asunto durante la Convención de la S. T. arriba mencionada, y sacamos de la relación hecha por él los siguientes informes que, por orden de la Convención, damos á conocer á los Miembros de la S. T.:

La Exposición Universal en Chicago tiene dos aspectos: el comercial y su aspecto literario, filosófico é intelectual. La segunda fase es conocida técnicamente bajo la denominación de Congreso Auxiliar del Mundo. Abarca muchísimos objetos, y figura entre ellos, como uno de los principales, el PARLAMENTO DE LAS RELIGIONES.

Los diferentes Congresos que principian en Mayo, son: el Progreso de la Mujer, la Prensa Pública, la Medicina y la Cirujía, la Reforma Moral y Social, el Comercio y la Hacienda, la Música, la Literatura, la Educación, el Arte, la Arquitectura, el Gobierno, Las Leyes, las Ciencias Políticas, la Ciencia y la Teosofía; en Septiembre, el Trabajo, la Religión, las Sociedades Eclesiásticas y de las Misiones, Descanso Dominical; Octubre, la Salud Pública y la Agricultura.

El Parlamento de las Religiones se inaugura el lunes, 11 de Septiembre, y durará diez y siete días.

He aquí el resumen de su programa:

Septiembre 11. Discursos de inauguración por los representantes de la Gran Bretaña, Europa Continental, India, China, Japón, Australia, Canadá, África y Sud-América.

Septiembre 12. Origen y Universalidad de la creencia en Dios.—Forma primitiva del Teismo según las Escrituras Sagradas más antiguas.—Dios en la Historia y según la Ciencia Moderna.

Septiembre 13. El hombre, su naturaleza, su dignidad, su imperfección.—La naturaleza de la vida.—Las diferentes creencias respecto á la vida futura.—La fraternidad universal según la enseñen las diferentes religiones históricas.

Septiembre 14. La religión esencialmente característica de la humanidad.—Expresión de las relaciones entre Dios y el hombre.—Lo que distingue una vida religiosa de una vida moral.—Fuerzas espirituales en el progreso humano.

Septiembre 15. Importancia de un estudio serio acerca de todos los sistemas religiosos.—Las religiones muertas y lo que han legado á las vivas.—Hasta qué grado ha justificado cada religión al Dios de la tierra entera en la evolución histórica de la raza.

Septiembre 16. El estudio de los libros sagrados en la literatura.—La Religión y su interpretación por los poetas del mundo.—Lo que las literaturas sagradas, Judía y Cristiana, han hecho por la Humanidad.

Septiembre 17. La Religión y la familia.—El Lazo del Matrimonio.—La Educación doméstica de los niños.

Septiembre 18. Los Jefes Religiosos de la Humanidad.– La Encarnación afirmada en varias religiones.– Su valor histórico.—La simpatía de las Religiones.

Septiembre 19. La Religión en sus relaciones con las Ciencias Naturales y con las Artes y las Letras.—¿Puede el conocimiento de la Religión ser científico?—¿Ha prestado la Ciencia de la Religión auxilio alguno á las demás Ciencias?

Septiembre 20. La Religión en su relación con la moral.—Unidad esencial de las ideas éticas entre los hombres.—Nociones agnósticas de la conciencia, del deber y del bien.—Sistemas y tipos éticos producidos por distintos credos históricos.—Proyectos diferentes para la regeneración del Hombre Caído.

Septiembre 21. La Religión y los problemas sociales.—La Religión y la Riqueza.—La Religión y la Pobreza.—La Religión y la Templanza.—Beneficios comparativos conferidos á la mujer por las distintas Religiones.

Septiembre 22. La Religión y la Sociedad Civil.—El Amor de la Patria.—La observancia de la Ley.– Los peligros de las Grandes Ciudades.—¿Responde la Religión en nuestros días á las necesidades y peligros de la Vida Moderna?

Septiembre 23. La Religión y el amor á la Humanidad.—La Fraternidad de los Pueblos. – Deberes de las Naciones europeas y americanas hacia China.—Justicia y Amistad internacionales.—Arbitraje en vez de Guerra.

Septiembre 24. El estado religioso actual del Cristianismo. — ¿Qué ha hecho la Religión por América?

Septiembre 25. Unión religiosa de la Familia Humana entera.—La Deuda religiosa del Mundo para con Asia, Europa y América.— ¿Cuáles son los puntos de contacto y los de contraste, entre las diferentes Religiones, según se desprende de las conferencias anteriores?

Septiembre 27. Elementos de la Religión Perfecta según se reconocen y presentan en los diferentes Credos Históricos y las características de la Religión Definitiva. — ¿Cuál es el Núcleo de la Unidad religiosa futura de la Humanidad?

Tal es el programa en sus grandes líneas.

Creemos inútil llamar la atención de todos nuestros hermanos acerca del espíritu eminentemente liberal que lo ha inspirado, y de la importancia que reviste para nuestra causa. La cuestión de dogma queda descartada por completo. ¡Parece, en verdad, que se trata de un programa puramente Teosófico! Hay que tener en cuenta también que esas ideas no han de ser discutidas por un número determinado de individuos ó representantes de un solo credo, sino que serán analizadas por los representantes más distinguidos de todas las grandes Religiones del Mundo.

Las grandes Religiones del Mundo estarán representadas en esa conferencia verdaderamente ecuménica. Asistirán sabios Buddhistas, tanto del Japón como de la India, y también probablemente de Siam. Nuestro querido hermano, H. Dammapala, Secretario de la Sociedad Maha-Bodhi, ha sido nombrado representante de la Iglesia Buddhista del Sur. Cuéntase también con la presencia de uno de los grandes Sacerdotes del Shintoismo. Dos letrados Musulmanes, eminentes en la India, han aceptado la invitación; y el elocuente Mozoomdar, hablará sobre el Hinduismo progresivo.

Algunos Brahmanes ortodoxos, intervendrán igualmente en los debates. El Gobierno Chino ha nombrado un representante del Confucionismo, y se cuenta con el concurso de los Parsis de Bombay.

Los Rabinos Judíos de Europa y América simpatizan en gran manera con este movimiento.

Los Arzobispos Católicos de América, resolvieron en su Congreso de Nueva York, que tuvo lugar en Noviembre de 1892, aprobar la participación de la Iglesia Católica en el Parlamento de las Religiones.

Dar la lista de las Iglesias Protestantes que allí estarán representadas, sería hacer el inventario de la ortodoxia entera.

En 26 de Abril se telegrafió al Coronel H. S. Olcott, que se hallaba en Madrás, India, sometiendo á su aprobación tanto el proyecto concertado como los nombramientos de las personas designadas que han de representar á la Teosofía, y en 29 del mismo mes contestó en igual forma aprobando el plan adoptado. Mrs. Annie Besant asistirá al Congreso y hará uso de la palabra, y se espera poder contar con los hermanos Mead, Keigthley, Burrows, etcétera, de Inglaterra.

Aunque la Exposición sufraga los gastos de impresión de los Boletines publicados por nosotros, no corre con los gastos extraordinarios que se originarán seguramente con este motivo.

Por lo tanto, de acuerdo con la resolución acordada en la última Convención de Abril, se ruega encarecidamente á todos los miembros que puedan hacerlo, se sirvan contribuir, por muy modestamente que sea, á fin de hacer frente á aquéllos, especificando en sus cartas que la cantidad que en ellos manden ha de aplicarse á ese objeto.

El resumen que antecede está sacado de una circular firmada por William Q. Judge, Secretario General de la Sección Americana de la Sociedad Teosófica, 144, Madison Ave, New-York, Mayo 1893.

La abundancia de materias no nos permite en el presente número dar cuenta del Movimiento Teosófico de la Sección India y otras. Lo haremos en nuestro próximo número.

AUM.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.